

Destierro

DE LOS
PRIMEROS MISIONEROS
SALESIANOS DE QUITO



*Si me persecuti sunt
et vos. persequentur.
San Juan. cap. 15. v. 20.*

SOCIEDAD EDITORA INTERNACIONAL
A. BERRO 4050 BUENOS AIRES

DESTIERRO

DE LOS PRIMEROS MISIONEROS SALESIANOS DE QUITO

*Si me persecuti sunt,
et vos persequentur...*
(Joan. XV, 20)

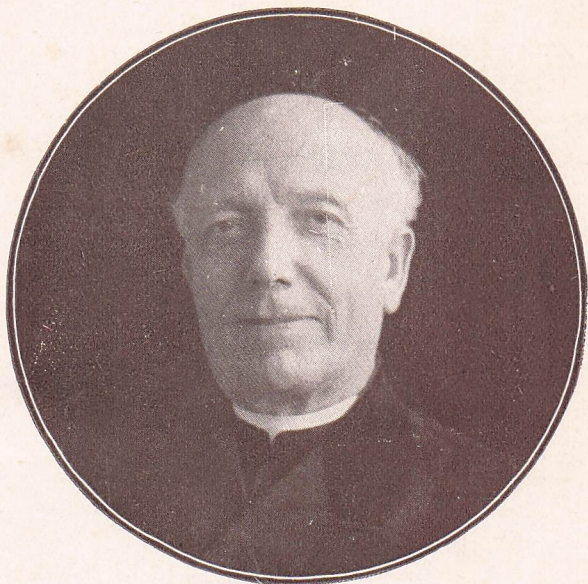
Ilustró J. Morano, S. S.



SOCIEDAD EDITORA INTERNACIONAL
ADOLFO BERRO 4050 - BUENOS AIRES

Con las debidas licencias

PRINTED IN ARGENTINA
IMPRESO EN LA ARGENTINA



Rmo. P. José Reyneri

Actual Inspector de la Inspectoría San Francisco de Sales, el más antiguo de los Inspectores de la Congregación Salesiana, que formó parte del grupo de los desterrados del Ecuador y que tuvo la dicha de inaugurar el templo votivo a María Auxiliadora en la ciudad de Arequipa.



INTRODUCCION

*Nel mezzo del cammin di nostra vita
mi ritrovai per una selva oscura,
che la diritta via era smarrita.*

Así canta en el primer canto del *Infierno* el poeta teólogo Dante Alighieri, y agrega:

*Ahi quanto, a dir qual era, è cosa dura,
questa selva selvaggia ed aspra e forte...*



El Ecuador es un bello país que se extiende a ambos lados de la línea de fuego que ciñe nuestro planeta, y de la que ha tomado su nombre.

Generosamente bendecido por la mano de Dios, puede afirmarse que encierra todas las bellezas naturales; en él encontramos montes, ríos, lagos, cascadas, selvas impenetrables pobladas de la más variada fauna y flora.

Atravesado en toda su longitud por la doble cordillera de los Andes, presenta tres regiones comple-

tamente diversas: los ^{llanura} llanos de la costa; la meseta, entre las soberbias montañas del centro, y la zona salvaje del Oriente.

En la magnífica ^{campesina} campiña, de quince a veinte leguas de ancho, que se extiende desde la costa hacia las cordilleras, vuelca el sol a torrentes sus rayos abrasadores, que, cayendo sobre un terreno fértil, bañado por los numerosos ríos y torrentes que descienden de las empinadas ^{altas} cumbres, y empapado durante muchos meses por las lluvias cotidianas, está cubierto de exuberante vegetación. La tierra, sin trabajo ^{quiere} casi, produce multitud de plantas, cuya exportación constituye la principal riqueza del país: el algodón, la caña de azúcar, el café y el cacao, sin contar mil otros apetecibles y sabrosos frutos.

Después de atravesar esta ^{amena} llanura encantadora, se llega al pie de la majestuosa cordillera de los Andes, al lado de cuyas enormes cumbres, los Alpes y Pirineos semejarían pequeños pigmeos, dado que únicamente el Himalaya ^{altísimo} consigue elevar sus picachos ^{sin victoria} más cerca del sol.

He aquí cómo el escritor y poeta Juan León Mera nos describe las bellezas de las cordilleras, mesetas y valles:

“Estas cordilleras, así en sus dos brazos como en sus ramificaciones, presentan, por donde se las contemple, un aspecto bello, majestuoso y sublime: ora muestran el perfil de una sierra de dientes desiguales que se dibujan en el azul de la atmós-

fera; ora se oprimen suavemente; ora levantan, a sorprendente altura, picachos cubiertos de nieve; aquí espantan con un profundo abismo, que siglos atrás ha sido, a no dudarlo, entraña en que hervía el fuego volcánico; allí sostienen sobre su cima un monte, cuyo blanco vértice parece tocar la región de las estrellas; más allá se admiran vestidas de verdes y floridas selvas, o cruzadas por cristalinos arroyos, o estremecidas por caudalosos ríos, que se despeñan en magníficas y atronadoras cataratas. Sobre sus cumbres se producen a menudo terribles tempestades, en tanto que los valles tendidos a sus pies gozan de los rayos de un sol espléndido y vivificante, que enciende dos, tres o más arco iris, que, tendidos de una a otra cadena, abrazan en sus inmensos radios, ciudades y campiñas alegres y risueñas.

“El viajero que recorre esta maravilla de la creación, va de sorpresa en sorpresa, agitado por variadas emociones, aunque a veces no le faltan incomodidades y peligros; los vientos que braman furiosos, la nieve que cae repentinamente con su peso frío y letal, las tempestades, los rayos, los torrentes y los precipicios, amenazan su vida con frecuencia”.

¡Qué magnífico espectáculo se ofrece al amante de las cumbres, cuando, al cabo de días y días de fatigosa marcha, consigue ganar las elevadas metas! A occidente contempla la campiña que acaba de abandonar, salpicada de ríos, praderas, caseríos, y,

sobre todo, el fondo magnífico del océano infinito; al oriente se dibuja en lontananza la segunda cordillera, que recorta en el firmamento sus elevados picos con sus niveos ropajes, con su estruendosa batería de volcanes, que abren sus cráteres enormes entre los cinco y seis mil metros de altura, como el Cotopaxi, el Cayambe y el hermoso Chimborazo, que, cubierto de eternas nieves, puede contemplarse desde ^{de} Guayaquil, a más de cien kilómetros de distancia: tal es la transparencia de la atmósfera.

Entre ambas cordilleras se halla suspendida la ^{altísima} inmensa meseta, donde se concentra la mayor parte de la población; vastísima región, que presenta caracteres enteramente diversos del resto del país. Los Andes han tenido y tienen una influencia muy notable en las condiciones climatéricas y aun biológicas de la región, habiendo llegado a decir el sabio geógrafo Wolf, que son para el Ecuador lo que los Alpes para Suiza.

Descendiendo por las faldas orientales se llega a la inmensa llanura, la región salvaje de las selvas, que se pierde en las fronteras del Brasil: allí se contempla la naturaleza en toda su virgen belleza y majestad; allí ^{en} nada ha sido puesto ^{por} el hombre, todo por el Creador: ^{de} soledades sin fin, selvas inmensas que no han sentido aún los golpes del hacha del leñador, árboles gigantes que perfuman el ambiente: el nopal, la caoba, el cedro, el naranjo y, sobre todo, palmeras colosales. ^{arancos}

La vista se extasia en la contemplación de la inmensa variedad de flores del más brillante colorido, mientras que bandadas de pájaros de mil colores y tamaños confunden sus trinos armoniosos con los rugidos de las fieras que vagan por el bosque, cantando, cada cual a su manera, las glorias de Dios.

Espléndida y fecunda región, surcada por ríos anchos como mares, que pudiera dar albergue a millones de hombres, y que, sin embargo, sirve únicamente de abrigo a doscientos mil salvajes. A su vera, el monte Tunguragua, de esbelta figura y nevada cumbre, se alza majestuoso y sublime, cual vigía que custodia a las diversas tribus aún salvajes, de las cuales la más indómita y guerrera es la de los jíbaros, cuya evangelización había de confiarse más tarde a los Salesianos.

Estos indios, paganos en su mayor parte, viven dispersos en los bosques, en sus chozas o malocas; escogen con preferencia los sitios cercanos a los ríos, y se ocupan solamente en la caza o en la pesca, desdeñando el cultivo de la tierra. Pasan la mayor parte de su vida en riñas y contiendas, siendo para ellos la venganza un sagrado deber. La mujer soporta el rudo peso del trabajo, y es, entre ellos, poco más que una bestia de carga; celebran fiestas macabras, en las que danzan alrededor de una cabeza humana, fruto de alguna de sus venganzas, y reducida por procedimientos especiales al tamaño de poco más de un puño, sin que pierda por ello los

rasgos fisonómicos; banquetean alegremente con carne de cerdo y de mono, y se embriagan con la famosa *chicha*, que fabrican sus mujeres con maíz y otras hierbas y raíces.

Pero no todo es salvaje en el hermoso Ecuador, en la época a que nos referimos, sino únicamente esta vasta región de las selvas inexploradas.

Cupo en suerte a este bello país un presidente de alma grande y noble, paladín incomparable de la religión, por la que fué hallado digno de derramar su sangre, terminando su gloriosa y fecunda vida el 6 de agosto de 1875, con un verdadero martirio: Gabriel García Moreno, a cuyo empeño bienhechor debe el Ecuador las mejores obras de su progreso moral, intelectual y material.

Con amplia visión de lo porvenir, contempló el bien que los Salesianos podían realizar en su querida patria, y los pidió por carta a nuestro santo padre y fundador Don Bosco, aunque no tuvo la dicha de recibir respuesta, ya que precisamente en esa época ocurrió, bajo el puñal del sicario, su trágica muerte.

PRIMEROS SALESIANOS

Fué el Ecuador la primera república sudamericana que se dirigió a Don Bosco pidiéndole que enviara sus Hijos a estas tierras, para que realizaran en América lo que con tanto éxito hacían ya en Turín.

El inmortal García Moreno, autor de este pedido, aunque no tuvo la dicha de ver realizados sus deseos, fué, con todo, el instrumento de que se valió la divina Providencia para preparar el local donde debía funcionar la primera casa salesiana en Quito.

En efecto, preocupado García Moreno por el progreso de su patria, inició en 1871 la construcción de un grandioso edificio, con la intención de cultivar en él las múltiples aptitudes para el trabajo que descubría en los hijos de su pueblo: tal fué el origen de la magnífica Escuela de Artes y Oficios, llamado el *Protectorado Católico*, que debía tomar más tarde el nombre de *Talleres Salesianos del Sagrado Corazón*.

Amueblado el nuevo edificio y provisto de valiosísimas máquinas, fué puesto bajo la dirección de

los beneméritos Hermanos de San Juan Bautista de la Salle. Pero con la muerte del glorioso fundador del Protectorado, hubieron los Hermanos de volver a su país, quedando el hermoso edificio abandonado hasta 1888, malográndose así los inmensos beneficios que había soñado el presidente mártir.

El doctor José María Plácido Caamaño, ansioso de dar vigorosa vida al difunto establecimiento, fué quien lo puso en manos de los Salesianos.

El citado doctor Caamaño, presidente de la República, contando con la venia de las Cámaras, aprovechó la oportunidad que le brindaba el viaje a Europa de monseñor José Ignacio Ordóñez, jefe de la Iglesia ecuatoriana, para dirigirse por *carta suplicatoria e insistente* al Santo Fundador de los Salesianos, que aún vivía, a fin de que enviase el personal necesario para el establecimiento de una casa salesiana en Quito.

Careciendo por entonces Don Bosco de personal, manifestó a monseñor Ordóñez que por el momento no podía acceder a su solicitud; pero el prelado, conociendo la alta estima de que gozaba en Roma la patria de García Moreno, acudió al Sumo Pontífice León XIII, a quien inclinó en su favor, obteniendo por este medio que Don Bosco, para quien un simple deseo del Papa era una orden, venciese todas las dificultades y preparase una expedición de misioneros destinados al Ecuador.

Firmado el contrato por los representantes del

Gobierno y por el mismo San Juan Bosco, se determinó la partida de los misioneros para fines de septiembre, aunque debió luego postergarse hasta el 6 de diciembre de 1887.

Recibida por última vez la bendición del amado padre Don Bosco, partieron los misioneros, capitaneados por el padre Luis Calcagno, para embarcarse en Saint-Nazaire, a bordo del vapor *France*. Tardaron veintiún días en atravesar el Atlántico, desembarcando en Colón, y después de cruzar el istmo en dos horas de ferrocarril, llegaron a Panamá, donde permanecieron nueve días, recibidos y atendidos por el cónsul del Ecuador, señor Orfila.

El 13 de ^{genero}enero llegaron a Guayaquil, donde los recibió cariñosamente el gobernador de la provincia de Guayas, en representación del Supremo Gobierno, encaminándolos casi de inmediato a la ciudad de Quito, capital de la República, después de proveerles de todo lo necesario.

A los cincuenta y tres días exactos de haber abandonado a su amado Padre en Turín, ponían pie en Quito los misioneros de Don Bosco, el 28 de enero de 1888. Huelga decir el entusiasmo con que fueron recibidos por las autoridades eclesiásticas y civiles y por el pueblo, que no acababan de festejar a los misioneros.

El mismo día 28, dirigieron a Turín el siguiente telegrama:

BOSCO (Turín - Italia).

Llegamos bien.

CALGAGNO - *Presidente.*

Telegrama que el día siguiente, festividad de San Francisco de Sales, fué leído a Don Bosco agonizante. Escuchó el buen Padre con emoción su lectura, y entreabriendo sus ojos, exclamó: "*Deo gratias; han llegado*", y bendiciéndolos, les envió también una bendición del Padre Santo, que para ellos había solicitado.

Los salesianos, de inmediato se hicieron cargo del Protectorado, y al cabo de unos meses de trabajo, dirigidos por el infatigable padre Calcagno, jefe de la expedición y ahora director de la casa, y secundados eficazmente por el entusiasmo del doctor Caamaño, lograron dar vida al Protectorado, convirtiéndolo en los *Talleres Salesianos del Sagrado Corazón de Jesús*, título con que lo inauguró el mismo presidente de la República el 15 de abril de 1888, asignándole cincuenta becas para niños pobres, en su mayor parte huérfanos, que pasaron del Instituto de las Hijas de San Vicente de Paúl, a poblar y dar vida a la casa salesiana.

Con las antiguas máquinas y materiales bien conservados, comenzaron a funcionar activamente los talleres de carpintería, ebanistería, carrocería, tala-
bartería, herrería, fundición, zapatería y sastrería.

Ayudado siempre por los Gobiernos siguientes de los señores Antonio Flores Jijón y Luis Cordero, se elevó el Instituto hasta convertirse en un verdadero modelo, añadiéndosele después los talleres de tipografía, encuadernación, curtiduría, cerámica y escultura, llegando a contar hasta 240 alumnos artesanos, que allí se hacían aptos para industrializar más tarde las abundantes materias primas que el suelo ecuatoriano proporciona. Y hubiera llegado a constituirse en un verdadero emporio de civilización y de riqueza, ya que eran muy vastos los planes del activísimo director, quien se había comprometido a civilizar la raza indígena, infundiéndole hábitos de religión y de trabajo y enseñándole diversos artes y oficios, como la transformación de la cabuya o pita en maromas y tejidos, la albañilería, el trabajo del caucho, la sombrería de paja toquilla, con que se confeccionan los famosos Jipijapa, y mil otros quehaceres.

Tan bien encaminada y con tan halagüeñas esperanzas para lo porvenir marchaba la Obra Salesiana en el Ecuador, y tan estimados y universalmente queridos por el pueblo eran los misioneros de Don Bosco, que se debieron abrir nuevas casas en otras ciudades. Las que siguieron de inmediato a la de Quito fueron las de Cuenca, Riobamba, Sig-Sig y el vicariato de Méndez y Gualaquiza, entre los jíbaros, confiado al celo ardoroso del esforzado obispo misionero monseñor Santiago Costamagna.

Para proveer y sostener estos establecimientos con personal nacional, se había abierto también en Sangolqui, a corta distancia de Quito, una casa destinada a la formación del mismo, y albergaba ya varias decenas de aspirantes y novicios.

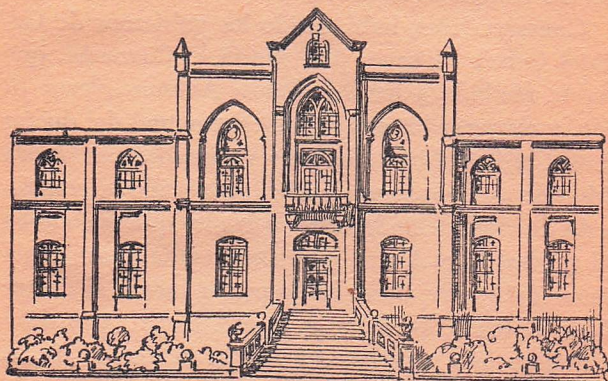
Pero tantos y tan opimos frutos de este frondoso árbol de civilización y cristianización desaparecieron en 1895, al fragor del cañón revolucionario.

LA REVOLUCION DE 1895

La casa de Quito había marchado, desde su fundación, en 1888, de progreso en progreso, hasta convertirse en un establecimiento modelo desde todo punto de vista: religioso, moral, pedagógico, técnico y social. Era, en aquella época, la primera escuela de artes y oficios de la Congregación; impartía enseñanza técnico-práctica superior, como en una Facultad, ^{reconociéndose} otorgándose en ella, después de rendir exámenes ante comisiones nombradas por el Gobierno, diplomas oficiales con privilegios especiales sobre cualquier otro. Fué también la primera donde se imprimieron manuales de artes y oficios.

Mas, cuando tan espléndidos resultados se prometían todos ^{reconociendo} recoger, el enemigo de todo bien, por medio de sus ministros en este mundo, vino a echar todo por tierra.

La revolución de 1895, que expulsó a los Salesianos del Ecuador, no fué más que un episodio del eterno antagonismo reinante entre los conservadores y liberales, desde 1830, año en que el Ecua-



Edificio del "Protectorado Católico" fundado por el presidente García Moreno, en el que los Salesianos trabajaron desde 1888 hasta 1895, llamándolo "Talleres Salesianos del Sagrado Corazón de Jesús".

dor se constituyó en república independiente, separándose de la gran Colombia, creación efímera de Simón Bolívar.

Engrosaban las filas conservadoras los elementos de orden, amantes de la religión, que reconocían sin dificultad las prerrogativas de la Iglesia, siendo por cierto muy superiores en número a los liberales, quienes desconocían la autoridad eclesiástica y pro-

pugnaban el más completo laicismo en todas las instituciones públicas.

Los gobiernos se habían ido sucediendo alternativamente desde 1830, venciendo, ya unos, ya otros, en las campañas electorales.

Conservadores, habían sido los gobiernos de Gabriel García Moreno; José María P. Caamaño, que había recibido a los Salesianos; Antonio Flores Jijón, y conservador era el gobierno actual del doctor Luis Cordero. Los rudos golpes asestados por García Moreno al liberalismo, habían provocado la emigración de muchos ciudadanos, entre los que se contaba el general Eloy Alfaro, quien conseguía ahora adueñarse del poder, derrocando por la fuerza al doctor Luis Cordero, presidente constitucional, y proclamándose jefe supremo del Gobierno, como jefe de la revolución.

El programa del nuevo Gobierno, netamente liberal, trajo consigo desastrosas consecuencias: por fútiles pretextos se apresaron sacerdotes y religiosos, se nacionalizaron los bienes eclesiásticos, se despojó de sus haciendas a los conventos y comunidades religiosas, se suprimió la ley que subvencionaba el culto; en una palabra, se realizó no sólo una separación entre la Iglesia y el Estado, sino que se pretendió desconocer sus atribuciones y derechos como sociedad perfecta, y someterla a los arbitrarios desmanes del poder civil.

El Episcopado y el Clero cumplieron valiente-

mente con sus deberes, y con una firmeza llena de dignidad y respeto, supieron oponer decidida resistencia a las imposiciones de los adversarios, todo lo cual dió origen a la persecución abierta y despiadada contra la Iglesia y sus instituciones, llegando en algunas provincias a desterrarse a los obispos, como al de Portoviejo, provincia de Manabí, monseñor Schumaker, ^{realista} lazarista, y a los párrocos.

En Ibarra fueron vejados en diversas formas y apresados durante la noche los Padres Capuchinos, entre los que se encontraba entonces el después célebre cardenal Vives y Tuto. Innumerables fueron las víctimas en Riobamba y Cuenca, y en la misma capital, donde fueron fusilados bárbaramente el dignísimo y piadoso sacerdote doctor Maldonado, y el valiente paladín del periodismo católico doctor Vivar, arrestado este último durante la noche y mutilado horrorosamente antes de darle muerte. (1)

No recayó, en un principio, la ira de los perseguidores sobre los Salesianos, aunque sus relaciones con el Gobierno distaban ya mucho de ser amistosas. Conviene recordar aquí que la Escuela de Artes y Oficios pertenecía al Gobierno del Ecuador, y que los Salesianos, como encargados de la misma, eran subvencionados por el fisco, el cual tenía alrededor de ciento ochenta alumnos becados.

(1) Se dice que le cortaron los dedos con que escribía sus fogosos artículos.

Para el pago mensual de las ^{rendite}rentas y ^{donna}becas, disponía el Gobierno de las entradas de la aduanaduana principal de Guayaquil.

Se comenzó, so pretexto de economía, por reducir el número de los becados, suprimiéndose luego el estipendio del personal salesiano. A los pocos meses de instalado el gobierno privisional del general Alvaro, se notificó al padre Calcagno que redujera el número de alumnos y que rescindiese los contratos hechos con los maestros y profesores de artes traídos de Italia.

Estas disposiciones eran un índice de la poca benevolencia de las nuevas autoridades hacia la dirección del establecimiento, culpable tan sólo de estar formada por sacerdotes, religiosos y extranjeros. Según lo dispuesto, y habiendo debido partir para Italia el personal no salesiano allí ^{contratado}contratado, debían ^{alejarse}alejarse del Instituto los niños que ya no disfrutaban de la beca, y los sesenta que gratuitamente se mantenían con las limosnas de la cooperación salesiana.

Por otra parte, el pago de las becas restantes era puramente nominal, no habiendo recibido la dirección del Colegio ni un solo centavo durante los diez últimos meses del año escolar de 1895.

Con todo, los Salesianos resolvieron, confiados en la divina Providencia, no alejar a uno solo de los doscientos cuarenta alumnos entregados a su tutela, y así, imponiéndose sacrificios de todo género,

hasta en su propia alimentación, consiguieron finalizar brillantemente el año 1895-96, con una exposición de trabajos que despertó la admiración hasta de los mismos adversarios.

Pero la inquina y el odio de los malos crecían como las olas de un mar embravecido. La prensa liberal se encargaba de atizar el fuego con mil calumnias y embustes, siendo para ella un gran escándalo que un establecimiento del Gobierno fuese regentado por religiosos extranjeros. Añádase a esto el interés y las pretensiones de algunos sujetos, que aspiraban a ocupar el puesto de los Salesianos. Pero como nada en concreto podía inculpárseles, se acudió a la calumnia: “Los Salesianos —decían— conspiran contra el Gobierno, y fabrican en sus talleres armas y elementos bélicos para derrocar al general Alfaro”. Estos rumores provocaron diversas visitas domiciliarias, coronadas todas con los más rotundos fracasos.

Una mañana, aparece un piquete de polizontes.

—¿Qué querrán? —pregunta uno.

—¡Vendrán por armas!

—Que vengan, pues, —responde el padre Taricco, acercándose al jefe.

—^{Entregue}Entregue, padre, el armamento que ^{posee}posee el colegio, —intima éste.

—¿Lo dice usted de veras?

—Así le evitaremos molestias, —replica el oficial.

Entraron en uno de los talleres y encontraron dos

o tres caños de fusil, que, por orden de un oficial del mismo ejército del general Alfaro, debían adaptarse a unas carabinas. Los retiró en el acto.

El oficial añadió, además, que deseaba ver el contenido de ciertas cajas que estaban muy bien alineadas en un patio, a lo largo de la pared.

—¿Qué contienen? —preguntó.

—Ladrillos refractarios que acaban de llegar, —respondió el padre Calcagno.

—Refractarios son ustedes, —respondió el oficial, no dándole crédito.

Ordenó, pues, abrir la primera, esperando encontrar un nido de cartuchos, pero, ¡oh desengaño!... En las sospechosas cajas no había otra cosa que ladrillos refractarios para el horno de fundición, y cerámica, declarados ya por el padre Calcagno.

Abrieron otra, y otra, y todas, consiguiendo únicamente una nutrida pila de ladrillos.

Agradeció el padre el desembalaje de aquella mercadería, aunque con pocas palabras, para no exacerbar la cólera de los soldados, corridos con el chasco.

¿Quién no recordará, al leer este episodio, los hechos análogos que sucedieron a nuestro santo padre Don Bosco?

Y bien: sus Hijos del Ecuador se alegraban de poder imitarlo también en esto.

PRISIONEROS

Entretanto, la mayor parte de los alumnos había salido del Colegio para las vacaciones, quedando tan sólo un reducido número de los que no tenían padres ni tutores; éstos fueron los que, con denodado valor, resistieron a una manifestación que a vista y paciencia de las autoridades se paseó por las calles de Quito, terminando con un verdadero asalto al Colegio, que si no tuvo mayores consecuencias, fué porque sus componentes, viendo a los jóvenes armados de palos y piedras, resueltos a defenderse, se retiraron todos.

A raíz de este desagradable incidente, aumentaron las preocupaciones de los Salesianos, pues se hablaba de su envío a Europa, y hasta de su destierro.

En esos días, el padre Calcagno, decidido a aclarar la situación, se presentó al gobernador de la provincia, para darle cuenta de lo que estaba sucediendo y pedir explicaciones y seguridades para lo porvenir, dispuesto al mismo tiempo a exigir que se cumpliese el contrato firmado por el gobierno ecuatoriano y el sacerdote Juan Bosco, al partir la primera expedición de misioneros; o bien su rescisión conforme a las condiciones especificadas en el mismo documento, según las cuales, en caso de

tener que abandonar los Salesianos la dirección del establecimiento, serían avisados con tres meses de anticipación y repatriados a expensas del Gobierno, dejando el edificio con los muebles y máquinas con que lo habían recibido.

El gobernador, que se decía admirador de la Obra Salesiana, recibió con afabilidad al superior del Colegio.

—Me dicen, señor gobernador, que va a realizarse otra reunión contra nosotros, —dijo el padre Calcano.

—Ya me hubiera avisado la policía, —respondió éste.

—Conoce muy bien su excelencia que no nos mezclamos en política.

—No obstante, me consta con certeza, —replicó el magistrado—, que se está tramando otra conspiración.

—Puede ser que su excelencia conozca ciertos detalles que yo, encerrado en el Protectorado y ocupado en dar pan e instrucción a los hijos del pueblo, no estoy en condiciones de saber.

—Convénzase de que hay una fuerte conspiración contra el Gobierno.

—¿Y cree su excelencia que entre los conspiradores nos encontramos nosotros?

—¡Lo ignoro! Admiro, por otra parte, sus sacrificios.

Y añadió luego algunas palabras que tranquiliza-

ron al padre Calcagno, asegurándole que las voces que corrían no tenían ningún fundamento, y garantizándole al mismo tiempo que el Gobierno no tenía cargo alguno ni mala voluntad para con la dirección del Protectorado.

Terminó diciendo que no tenían nada que temer, y despidió al padre Calcagno con un abrazo, acompañado de estas palabras:

—Padre Calcagno, vaya usted tranquilo, y sepa que si el Gobierno tuviera alguna queja contra los Salesianos, lo mandaría buscar a usted para entenderse directa y caballerosamente.

¡Cuánta mentira! ¡Cuánta falsía! Los ^{acontecimientos} ~~acontecimientos~~ de ese mismo día iban en breve a ponerlo en evidencia.

Aquella misma noche del 23 al 24 de agosto de 1896, a eso de las once, se presentó en la portería del Protectorado un piquete de unos cuarenta soldados bien armados, a las órdenes de un capitán y de un teniente.

Avisado el director, ordenó al entonces diácono José Reyneri, hoy a cargo de la Inspectoría San Francisco de Sales y decano de los inspectores de la Congregación, que bajase a abrir las puertas.

La orden del jefe fué terminante: ^{presentarse} ~~presentarse~~

—Que se presenten en el acto todos los salesianos para ser conducidos al cuartel de policía, donde el jefe los espera para una entrevista.

Fácil es imaginar la sorpresa del padre Calcagno,

después de la conversación de ese mismo día con el gobernador; pero comprendiendo que toda resistencia sería inútil, dió las órdenes oportunas para que todos los religiosos que vestían hábito se reuniesen para seguir a los soldados, pensando que se trataría de disipar alguna duda o desvanecer alguna sospecha.

—Tengo orden, —dijo entonces el jefe—, de conducir tan sólo a los que no son naturales del país.

A estas palabras, levantaron su voz los clérigos ecuatorianos.

—¡Ah! eso jamás; nosotros hemos de seguirlos.

—¡No es posible! —vociferó el capitán.

—¿Qué? ¿Pensáis acaso atemorizarnos? —dijo un clérigo, adelantándose para unirse a los apresados; pero fué repelido de un empujón, y alejado a culatazos. *colpe col muleiro del fraile* *allontanato a*

allora El director, que había permanecido callado hasta entonces, viendo aquella escena, preguntó:

—¿No le bastará que me presente yo como único responsable?

—Tengo orden de conducir a todos los extranjeros, —replicó el capitán.

—¿Por escrito? —insistió el director.

—No; pero eso poco importa.

Reflexionó el padre Calcagno, midiendo los resultados a que podría llegarse si se oponía resistencia, y decidió seguir a los guardias, acompañado por todos los salesianos italianos que había

en el Colegio, y cuyos nombres gloriosos estampamos aquí con la veneración con que se escribe el nombre santo de los mártires, ya que mártires verdaderos son, pues se vieron en peligro real y grave de perecer en manos de los enemigos de la religión, aunque quiso el Señor, como a San Juan y a tantos otros, salvarlos milagrosamente de la muerte. He aquí sus venerandos nombres: *Luis Calcagno*, sacerdote, director; *Ciriaco Santinelli*, sacerdote; *Alfredo Sacchetti*, sacerdote; *José Taricco*, sacerdote; *Carlos Ghiglione*, sacerdote; *José Reyneri*, diácono.

A éstos se añadirán, horas más tarde, el clérigo Víctor Egas y los dos sacerdotes que dirigían la casa de noviciado de Sangolquí: *Guido Rocca*, director, y *Félix Tallachini*.

Entretanto, había dado ya la medianoche y los alumnos se habían ido levantando, de modo que cuando el capitán dió la orden de partir se produjo una escena desgarradora: unos lloraban, otros corrían a los pies de sus maestros.

—¡Sálvennos!

—¡No nos abandonen!

—¡Malvados!

—¡Canallas!

—¡Vayamos con ellos!

Y otros mil gritos de dolor rompían el solemne silencio de la noche.

Los soldados, venciendo su emoción, los rechazaban a gritos.

—¡Atrás! ¡Fuera de aquí!

—¡Ya volveréis a verlos! *Retornaréis a verlos!*

El padre Calcagno, rodeado totalmente de sus hijos y sin poder dar un paso, dirigióles entonces la palabra:

—Tranquilizaos, mis buenos niños; pronto estaremos nuevamente entre vosotros. Si realmente nos amáis, demostradlo ahora obedeciendo mis órdenes. Retiraos tranquilos y poneos a las órdenes de los asistentes que con vosotros quedan, mientras dure nuestra ausencia.

Los buenos muchachos lo escucharon derramando lágrimas, y confiando en su promesa de volver pronto, le dieron el adiós.

Los prisioneros pudieron, al alejarse los niños, penetrar un momento en la capilla para elevar una corta plegaria a María Auxiliadora y hacer al Señor el sacrificio de sus vidas; pero bien cortos fueron aquellos momentos, pues la *guardia de honor* los esperaba impaciente para la partida.

—*Laetantes imus!* —exclamaron, como San Luis cuando anunciaba su próxima partida para la eternidad, y se pusieron en manos de los esbirros.

Era la una de la mañana del día 24 de agosto de 1896.

CAMINO DEL DESTIERRO

Acompañados por los soldados y en medio del silencio de la noche llegaron al cuartel de policía, esperando hablar con el jefe; pero fueron encerrados sin más en un calabozo, con centinela a la vista, permaneciendo allí cerca de dos horas.

Finalmente apareció el jefe de policía, general Wenceslao Ugarte, militar rudo y sin cultura, quien, sin responder siquiera al saludo que le dirigieron, les comunicó sin preámbulos que los salesianos ecuatorianos seguirían trabajando en el Colegio, bajo la inmediata dirección del Gobierno, debiendo los demás alejarse del Protectorado.

En vano intentó el padre Calcagno, con toda su energía, averiguar la razón de tales medidas; en vano pidió que se les permitiera por lo menos volver al Colegio, para dejar las cosas en orden y proveerse de los enseres indispensables de uso personal.

El jefe de policía, desoyendo toda razón y toda súplica, se concretó a responder que tales eran las órdenes del Gobierno, y después de tomar la filiación de cada uno, se alejó, dejándolos nuevamente encerrados.

Pudieron entonces percibir la gran agitación que conmovía toda la casa, y los ruidos inequívocos de caballos y monturas.

Sospechando entonces el padre Calcagno que bus-

caban animales para un largo viaje, se atrevió a preguntar:

—¿Buscan caballos para nosotros?



*Se les dió orden de montar,
pero ¡en qué cabalgaduras!...*

—Ha dado usted en el clavo, —se le respondió;— pero no los encontramos.

—Si se me permite, yo escribiré cuatro letras para que entreguen los nuestros, que sirven en el Protectorado, con sus monturas y aperos. *—firmado—*

Pero esta súplica no fué atendida.

Mientras los detenidos continuaban esperando en aquel lóbrego calabozo, donde apenas se podía respirar, de improviso se

abrió la puerta y apareció el clérigo Víctor Egas, uno de los salesianos ecuatorianos, quien, huyendo del Colegio para unirse a sus superiores, se había presentado espontáneamente a la policía, deseando seguir la misma suerte.

—¿Cómo, tú aquí? ¿Y tus compañeros?

—El Colegio es un desorden, —respondió éste; —

los alumnos mayores, ansiosos de tener noticias de ustedes, los han venido siguiendo largo trecho, y luego volvieron, pero no se ha conseguido llevarlos al dormitorio, pues esperan verlos regresar de un momento a otro.

—¡Pobres jóvenes! —contestó el padre Calcagno.
—Pero, ¿cómo has venido tú aquí?

Entonces narró el buen clérigo que se había presentado a la policía, rehusando volver al Colegio si no lo acompañaban los demás sacerdotes.

Ante la rotunda negativa del clérigo, montó en cólera el jefe de policía y le dió un tremendo bofetón, diciendo al mismo tiempo:

—Ah, perro, ¿quieres ir con ellos? Pues, con ellos irás... Pero, no, —exclamó de pronto; —póngasele solo, emparedado entre cuatro muros.

Así estuvo, en un estrecho calabozo, donde ni sentarse en el suelo podía, pidiendo a Dios que no le negara la gracia de seguir a sus buenos superiores.

Escuchólo el Señor, porque, sin llegar a saber el motivo, lo sacaron de su prisión para conducirlo al calabozo de sus hermanos, donde narró lo que le había acontecido.

Recibieron órdenes de abandonar el calabozo y reunirse en el patio céntrico del edificio: así lo hicieron.

Los aguardaba un viaje de más de un mes a través de la selva y el mar, y se encontraban allí, a punto de emprenderlo, desprovistos de todo, tal

como habían salido horas antes de la casa, pensando regresar a la misma antes del amanecer.

Se les dió orden de montar, pero ¡en qué cabalgaduras!... Las más no tenían sino cuerdas por bridas y estribos. *per maggior parte non avevano che corde per briglie e staffe*

Se acomodaron como mejor pudieron, y mientras se encomendaban a Dios, fueron alineados de uno en fondo, entre un piquete de soldados que los rodeaba, conduciendo sus caballos por las bridas.

Estaban a las órdenes del capitán Jijón y del mayor Guerra, exalumno salesiano, quien, contra su voluntad, debió cumplir aquella misión que le imponía la disciplina militar que profesaba.

Eran las cuatro de la madrugada, cuando partían.

EN EL NOVICIADO

Sangolquí, donde se encontraba el Noviciado, es un pintoresco pueblecito, distante unos quince kilómetros de Quito. Mientras en Quito sucedían los hechos que acabamos de narrar, llegaba a aquel recinto de paz otro piquete enviado por el jefe de policía de la capital. *di pace*

A las doce de la noche, escucharon en la casa rumor de soldados que llamaban a la puerta. Se juzgó en un principio que sería una de las muchas partidas que recorrían el país sofocando rebeliones

signatario
y que pretenderían descansar un poco, razón por la cual se les abrió en el acto.

En menos de lo que se tarda en decirlo, unos veinte soldados invadieron la casa, impidiendo que nadie se moviera.

Los dos sacerdotes que la dirigían, padres Guido Rocca, director, y Félix Tallachini, se presentaron, preguntando:

—¿En qué podemos servirles?

—Viniendo con nosotros ahora mismo a Quito, —respondió el jefe de la partida.

—¿A Quito? ¿A estas horas? ¿No ven que esto es un colegio y que no es posible abandonar a los jóvenes?

—Esa es la orden que traemos.

—¿Por escrito? Porque, de otro modo, obligarnos sería una violencia.

—La violencia se empleará si no obedecen en el acto.

No pudiendo oponerse, corrieron a llamar a los novicios, quienes se enteraron espantados de lo que sucedía.

Pasaron todos a la capilla, y no habiendo conseguido permiso para celebrar la santa misa, se distribuyó la sagrada comunión, para consumir las formas consagradas y evitar profanaciones.

¡Qué comunión! Unos lloraban; otros atribuían a sus pecados aquella desgracia; todos rezaban. Fi-

pregavano

nalmente, el padre Rocca, haciéndose gran violencia para simular tranquilidad, los despidió:

—Nos conducen a Quito —dijo;— continuad unidos, observando las santas reglas, y rogad por nosotros.

Aquellos jóvenes no podían apartarse de *su lado*, y la escena se prolongaba demasiado, impacientando a los soldados, que golpeaban el piso con sus fusiles.

—Pronto, — gritaban; — basta de lloros.

—Vengan, padres; de otro modo, seremos castigados todos.

Haciendo una formal protesta por la forma ilegal del procedimiento, por el allanamiento del domicilio y por la requisa de los caballos y aperos para el viaje, se pusieron en manos del jefe de la escolta.

Dos soldados tomaron por las bridas sus cabalgaduras, y emprendieron la marcha.

Oyendo al alejarse los lamentos de los que quedaban abandonados, volvieron hacia ellos sus ojos y dieron su postrer adiós a la querida y tranquila casa del Noviciado.

Poco después de las cuatro de la *all' alba* madrugada entraban en la ciudad de Quito, después de tres horas y media de camino.

Al notar que los conducían al cuartel de policía, se animaron, pensando que, como a tantos otros, los tendrían allí unas horas, para *averiguar* tomarles declaración por la mañana y dejarlos luego en libertad.

Después, confiando en un soldado que se les antojó caritativo:

—¿Nos haría usted el favor? — le preguntaron.

—Sí, amigos, —respondió él.

—¿Querría usted desviarse un momento y dar cuenta de nuestra captura a los salesianos del Protectorado?

El los miró con aire compasivo, y respondió:

—Iré, pero guárdense bien de descubrirme.

Después de atravesar varias calles de la ciudad, penetraron por fin en la intendencia de policía, de donde hacía unos momentos habían partido los otros prisioneros. Después de entregarlos al jefe de policía, la escolta se alejó. Tomó éste la filiación de los recién llegados, y, tocando luego un timbre, los puso en manos de seis individuos, encapotados y bien armados, que tenían orden de alcanzar a los demás detenidos, para emprender todos el camino del destierro.

Recorrieron en el mayor silencio buena parte de la ciudad, penetrando en todos los cuarteles, donde uno de los encapotados, el jefe, sin duda, parecía recibir órdenes. Llegaron así a las afueras de la ciudad, caminando siempre en dirección al norte. No dudaron entonces los dos pobres prisioneros que iban a ser pasados por las armas, no bien se hubiesen apartado un poco más de las últimas zonas habitadas, como había sucedido a tantos otros infelices.

Rezaron el acto de contrición, e hicieron a Dios el sacrificio de sus vidas.

Tal era la impresión que les producía aquel viaje, tan de mañana, rodeado de tanto misterio y sin que se les dijera una sola palabra de su destino, ni de los motivos por los que habían sido arrancados de su casa de una manera tan violenta e inesperada.

Pero el Señor no quiso, por entonces, aceptar su sacrificio. A poca distancia de Quito les esperaba una gran sorpresa. Pudieron, a la distancia, divisar en el camino a mucha gente que se movía y arremolinaba constantemente: eran soldados que iban y venían; unos conducían caballos, otros ensillaban; lucía, aquí y allá, a los rayos del sol naciente, la espada de algún oficial. Mientras contemplaban, no sin asombro, aquel inusitado movimiento, les dijo el jefe que los conducía:

—Aquí los esperan siete compañeros.

—¿Compañeros?... ¿Siete?... —balbuceaban sin comprender.

—Pero, sí; son ellos: el padre Calcagno, el padre Santinelli...

Y con inmenso dolor se saludaron y abrazaron tiernamente.

—Pero, ¿también vosotros aquí?

—¿Y nuestros jóvenes novicios? ¿Y...

Pronto terminó aquel diálogo, porque la voz del jefe tronó:

—Están incomunicados y prepárense para la marcha.

quienes *allora* *intabarrati*
Desaparecieron entonces los seis encapotados; dos soldados tomaron las riendas de sus cabalgaduras, y la marcha continuó; pero, ¿a dónde?... Todos lo ignoraban, menos los jefes de la escolta.

PRIMEROS EPISODIOS DEL DESTIERRO

En medio de una doble fila de soldados, marchaban nuestros prisioneros por el camino que lleva al norte.

Las gentes humildes, viéndolos pasar, contemplaban extrañados aquel triste desfile, y exclamaban descorazonadas:

—¡En qué tristes tiempos vivimos, Dios mío!

Algunos indios se cruzaron a su paso, y entonces el padre Calcagno, para romper aquella dolorosa monotonía, exclamó:

—¿Queréis ver un milagro? *miracolo*

Y alzando la diestra en ademán de bendecir, trazó una cruz sobre aquellos pobres indios.

Bastó este santo signo para electrizarlos; lanzaron entonces extrañas voces de alegría, y se arrodillaron, saludando y gritando:

—¡He aquí a los padres!...

El capitán Jijón, a las pocas horas de estar con ellos, no tardó en comprender que los temibles prisioneros, conspiradores contra el Gobierno, para cuyo destierro se había desplegado tanto aparato de

fuerza y tan poca legalidad, no eran más que unos humildes religiosos, que ningún delito habían cometido, y comenzó a tratarlos con más humanidad y a dispensarles mayores atenciones.

Picó así espuelas a su córcel; fué a colocarse al lado del padre Calcagno, y entabló con él conversación, preguntándole si iban bien.

Agradeciendo el digno sacerdote aquella deferencia:

—Gracias por su atención, —le dijo;— bien vamos, pero vea que es hora de tomar algún bocado.

—Tiene usted razón, padre; esperamos encontrar algo más adelante.

—Aquí cerca, en Cotocollao, conozco yo una persona que nos lo dará con la mayor buena voluntad.

No se opuso el jefe, tanto más que el padre Calcagno le manifestó que esperaba conseguir allí buenos frenos y estribos para las cabalgaduras, en lugar de los cordeles que hacían sus veces.

En efecto, se acercaban a la quinta de la insigne cooperadora doña Pastora Alarcón, llamada *la mamá de los salesianos*, por el favor y deferencia que les dispensaba. En repetidas ocasiones había ofrecido al padre Calcagno su extensa y bonita quinta, para que pasase en ella, con sus hermanos de Quito, unos días de descanso, y así, al verlos entrar en su casa, creyendo que habían aceptado su invitación (los soldados habían quedado a la puerta), llenóse de alegría y exclamó alborozada:

—¡Oh, los padres, mis buenos hijos! ¡Padre Calcagno, qué gusto verlo por mi casa!

Pero al punto su inmenso júbilo se cambió en una no menor pena y desconsuelo, escuchando la respuesta del sacerdote:

—¡Ah, mi buena señora, usted no sabe lo que ha pasado! Venimos prisioneros y camino del destierro.

—Pero, ¡cómo! ¡No es posible! ¡Yo he de salvarlos!

—¿Salvarnos? —respondió el padre.— Eso sí que no es posible. Nos hemos detenido tan sólo para solicitar una vez más su caridad, descansar un rato, tomar un bocado y seguir nuestro viaje. Los soldados aguardan a la puerta.

Los hizo descender entonces de sus caballos, y pudo contemplar lo agobiados y rendidos que estaban. Hizo también entrar a los jefes y soldados, a quienes dispensó mil atenciones, para que ellos, a su vez, las usaran con sus prisioneros.

El trato que les prodigó en su casa se colige de lo que los mismos desterrados dejaron escrito:

“Nos apeamos de los caballos; nuestras piernas estaban, no sólo entumecidas, sino realmente destrozadas por la mala postura. En un abrir y cerrar de ojos tendiéronse las mesas, siendo también invitados los oficiales. Después, con mirada de madre, vió doña Pastora que carecíamos de todo, y quiso proveernos de cuanto nos fuese necesario: som-

stival: vestiti
breros, botas, ropas, frenos y estribos para mejor montar, y provisiones para el viaje”.

La señora Alarcón hubiera querido que pasaran allí el resto del día y la noche, pero en esto el jefe fué inexorable; había que partir.

angosciata in ginocchio
Púsose entonces aquella alma acongojada de rodillas para besar la mano del padre Calcagno y recibir su bendición, y anegada en lágrimas lo acompañó luego hasta la puerta, no sabiendo separarse de los misioneros; besó una vez más la mano del padre, y exclamó entre sollozos:

—Pedí a Dios que se dignase hacerme conocer a los Hijos de Don Bosco, y ahora siento el haberlos conocido. Si nunca los hubiera visto, no sufriría ahora un dolor tan vivo. La desgracia me aflige, pero abrigo la esperanza de volverlos a ver.

misericordia
Estas palabras, entrecortadas por los sollozos, tuvieron la virtud de conmover a los mismos soldados.

Dando gracias a Dios, que tan generosamente los había socorrido por medio de la caridad de aquella buena señora, se alejaron los misioneros, siempre en la incertidumbre del destierro que les aguardaba.

La noticia de su viaje, adelantándose, había llegado ya a varios pueblos, donde eran esperados, a su paso, por grupos de personas caritativas que compadecían su suerte.

Al llegar al pueblecito de Pomasqui, algunos in-

diecitos les ofrecieron, a falta de otra cosa, su sabrosa *chicha*.

Toda esa tarde caminaron bajo el sol ecuatorial, templado por el fresco viento que soplaba de los montes cubiertos de nieve. Cruzaron la línea del Ecuador en medio del torbellino de polvo que levantaban constantemente los caballos, y por fin, sin mayores perances, llegaron a Malchinguí, donde debían pernoctar. Pensaron los pobres desterrados reponerse de las fatigas de tan larga cabalgata, a la que no estaban acostumbrados, pero fueron alojados en un cuarto desprovisto de todo.

Les preocupaba seriamente el estado de salud de don José Taricco, que padecía una fuerte gripe y otras enfermedades de cierta gravedad.

Hubieran querido prodigarle sus cuidados, pero carecían absolutamente de lo necesario.

Improvisaron una frugal cena, dando con ello fin a las provisiones recibidas en Cotocollao; rezaron en común las oraciones de la noche, con el pensamiento en la casa que habían dejado, siempre a la vista del centinela que a la puerta estaba, y se tendieron a dormir, usando como almohadas las sillas de montar, y teniendo el cansancio la virtud de no hacerles encontrar el pavimento tan duro como en realidad lo era.

¡Velen vuestro sueño los ángeles del Señor, que bien merecido lo tenéis, heroicos misioneros!

Tal fué la jornada del 24 de agosto.



El inmortal García Moreno, héroe y mártir de la religión y de la patria. A su genio debe el Ecuador las mejores obras de progreso moral, intelectual y material: fué Gabriel García Moreno el verdadero regenerador del pueblo ecuatoriano.



EN OTAVALO

Amaneció el día 25, exigiendo un nuevo y doloroso sacrificio a nuestros desterrados: carecer de la santa misa y comunión. A las nueve se pusieron en camino, siempre hacia el norte, hasta llegar por la tarde a la importante ciudad de Otavalo.

Los habitantes de ésta, y en general de las provincias del interior, eran en su inmensa mayoría fervientes católicos, y no simpatizaban con el nuevo gobierno del general Alfaro; profesaban, además, los de Otavalo, grande aprecio a la Obra Salesiana, muy conocida, por educarse en la Escuela de Artes y Oficios de Quito varios jóvenes otavaleños, habiendo algunos de ellos pasado a engrosar las filas de los salesianos, como el clérigo Víctor Egas, que formaba parte del grupo de los desterrados. Este esperaba ver a su madre y a sus parientes. La noticia de la llegada de los desterrados salesianos había sido dada por el telégrafo, por cuya razón casi todo el pueblo se había reunido para recibirlos, habiéndose muchos propuesto libertar, aun por la fuerza, a *los padrecitos*, como ellos decían.

Por eso, al entrar en la ciudad, encontraron reunida una enorme multitud: las mujeres, llorando; los jóvenes y hombres, haciendo ademanes poco amistosos a los soldados de la escolta.

Durante el camino gozaban los misioneros de una cierta libertad, pero al entrar en las poblaciones se usaba con ellos los rigores y cautelas con que suele tratarse a vulgares detenidos.

La multitud los vió, pues, llegar en larga fila, en medio de los soldados, conducidos sus caballos por sendas guardias personales.

Los ánimos de los otavaleños se exacerbaron con esto, tanto más que los jefes y soldados, bien armados, lanzaban a la multitud miradas de desprecio; pero bien pronto su arrogancia se trasformó en intranquilidad y temor, ya que el descontento general iba creciendo y traduciéndose en gritos, puños, y palos levantados, hasta convertirse, como un mar agitado por terribles olas, en un verdadero tumulto.

Viendo el jefe que iba a ser inevitable un encuentro entre su tropa y aquel pueblo, resuelto a defender a los misioneros, se acercó al padre Calcagno y le susurró casi al oído:

—Mire, padre; las cosas van agravándose; procure calmar a la multitud, porque en caso de una intentona tenemos orden de dirigir las primeras balas contra ustedes y defendernos luego. Ustedes, son, pues, quienes corren mayor peligro en caso de tumulto.

El padre Calcagno hizo entonces ademán de querer hablar, produciéndose en contados segundos un silencio sepulcral e impresionante, que traducía to-

do el respeto que aquel pueblo profesaba al sacerdote. Les aconsejó entonces calma y cordura; les dió esperanzas de que las cosas se arreglarían amistosamente; les agradeció su recibimiento y buena voluntad de libertarlos, y terminó rogándoles que volvieran a sus casas.

Conseguida la calma, fueron conducidos al edificio de la Municipalidad, donde se les había señalado alojamiento.

Allí encontraron a la madre del clérigo Egas, quien, entre sollozos y suspiros, pudo saludar al hijo desterrado. Quiso también hablar a los demás, pero fué brutalmente alejada. ¡Pobre madre!

Les fué, entretanto, designado para descansar el salón de sesiones de la Municipalidad, que se hallaba en el segundo piso, dándose severas órdenes para que nadie se comunicara con los prisioneros.

No bien se ubicaron en aquella rica sala, cubierta de tapices, y tomaron asiento en los magníficos sillones que servían a los concejales, el bueno del padre Alfredo Sacchetti, quien con sus ocurrencias será desde ahora la alegría de la triste caravana, corrió a la presidencia, y tomando asiento con gran prosopopeya, exclamó con toda solemnidad: "Abro la sesión". La voz gangosa con que pronunció estas palabras, imitando a una persona muy conocida por todos, puso una nota de hilaridad en aquel marco de tristeza.

Fuera, entretanto, se agolpaba nuevamente la multitud, impresionada por el desolador estado de la madre del clérigo Egas. El mismo capitán, conmovido, le permitió la entrada, pero la segunda guardia, ignorando la orden, apuntó, gritando:

—Atrás, no se puede pasar.

Aquella pobre mujer levantó los brazos, y llorando y gritando, decía:

—Dejad que vea a mi hijo; quiero verlo, consolarlo...

El guardia no pudo resistir más, y la dejó pasar.

¡Qué espectáculo más tierno se desarrolló entonces! Aquella madre acongojada se precipitó en los brazos de su hijo, llena de ternura y anegada en lágrimas.

Luego, reanimada un tanto, tendió su mirada en derredor, y exclamó:

—Pero, Dios mío, ¡en qué estado los veo! ¡Si carecen de todo! Oh, yo cuidaré de ustedes.

Con este pensamiento, salió afanosa, para volver luego con lo necesario, dispuesta a preparar unos alimentos.

Los otros parientes del clérigo Egas pudieron pasar también, y con ellos varios amigos, exalumnos, y algunos alumnos que pasaban las vacaciones en su pueblo.

Con estas visitas se vieron muy consolados los desterrados, pues pudieron palpar cuán grande era

el cariño que nutría aquel pueblo por la Obra Salesiana.

Preparada la mesa, se invitó también al comandante para que los acompañara, y éste lo hizo de muy buen grado.

Durante la cena se anunció una visita, y el comandante no pudo oponerse a que pasara: eran los buenos Hermanos de las Escuelas Cristianas, que con fraternal caridad venían a ver a los prisioneros y a ofrecerles algunos obsequios, muy útiles para el viaje por la selva, que ya todos presentían.

Cuando estaban por levantarse de la mesa, se anunció otra visita: eran varias personas que venían a rogarles aceptaran algunos platos de carne y otras viandas, y como éstas se presentaron muchas otras: todos querían tener el honor de ofrecer algo. ¡Oh, hermoso ejemplo, fruto genuino del fecundo árbol de la caridad, plantado por Nuestro Señor Jesucristo en esta tierra! ¡Oh! una y mil veces bendita la divina Providencia, que así proveyó a sus siervos, pues, como más adelante tendremos ocasión de ver, el jefe de la escolta tenía orden severa de no proveer de nada a los prisioneros, debiendo usarse las provisiones que se llevaban únicamente para la tropa.

Aquella tarde no fué de destierro, ya que la pasaron en alegre conversación con los numerosos amigos que desfilaron para visitarlos.

A la mañana siguiente, se les anunció que las

Hermanas de San Vicente pedían el honor de servirles el desayuno. *colacione*

Fué entonces cuando el padre Calcagno, valiéndose de sus buenos oficios, pudo conseguir permiso y todo lo necesario para rezar la santa misa.

¡Fué un momento dichoso! Los que aún no eran sacerdotes, hicieron la comunión acompañados por las mismas Hermanas y por algunos amigos, que asistieron a aquella misa con recogimiento y piedad edificantes.

Terminada la santa misa y servido el desayuno por las buenas religiosas, supieron que el capitán Jijón era llamado a Quito, por haber teleografiado preguntando si se podía tomar el camino de Ibarra-Tulcán, en vez de atravesar la selva del Paylón.

Recibió esta orden por medio de un telegrama, en el que, después de llamarle inútil y cobarde, se le retiraba el mando de aquella tropa. En su lugar fué designado el comandante Cuesta, que llegó de Ibarra con un refuerzo de treinta hombres más, con lo que sumaban ochenta los soldados encargados de conducir al destierro a nueve indefensos sacerdotes por el único crimen de haber *conspirado*, sí, *conspirado* constantemente contra la ignorancia y la desocupación de los hijos del pueblo.

El capitán Jijón, que los había conducido hasta Otavalo, se despidió cariñosamente, saludando a cada uno de los desterrados. No ocultó la triste suerte que le esperaba. Se supo más tarde que des-

pués de mil insultos, fué depuesto y pasado a la categoría de personal disponible; los salesianos, agradecidos por su buen trato, educaron gratuitamente más tarde, en la misma ciudad de Quito, a dos de sus hijos.

El capitán Cuesta, hombre rudo y sin religión, acababa de sacar del país a los Padres Capuchinos, y se proponía ahora cumplir idéntica hazaña, alejando por orden de su Gobierno a los Salesianos. Se presentó con altivez y reserva, tratando con desdén a los prisioneros, a quienes, por las órdenes recibidas, creía sin duda peligrosos, y consideraba una distinción que el Gobierno lo hubiera elegido a él como único capaz de conducirlos con seguridad.

¡Cuál no sería su sorpresa, cuando sus víctimas, que no guardaban ningún rencor en su corazón, lo invitaron, en el tercero y último día que pasaban en Otavalo, a sentarse a su mesa! Aceptó, por no parecer descortés, pero no se sentía cómodo entre tantas sotanas, y procuraba disimular sus aviesas intenciones. ¡Pobrecillo! ¡Cuán engañado estaba y qué pronto iba a cambiar de parecer y de modales!

Tocaba a su término aquella frugal comida, cuando las trompetas anunciaron un mensajero, portador de un telegrama para el comandante.

¡Ansiosa expectativa! Todos imaginaron lo que podía ser: la respuesta del Gobierno, indicando que no se tomara el camino de la selva; la contesta-

ción de una carta que se había escrito al cónsul alemán, por estar ausente el de Italia en Quito. Se despertó en el acto la natural y justa curiosidad por sorprender el secreto que encerraba aquel pliego.

El comandante, entretanto, poco hábil al parecer en descifrar manuscritos, mantenía sus ojos fijos en el papel.

El padre Calcagno se atrevió entonces a preguntar con todo respeto:

—Señor comandante, ¿podría usted comunicarnos cuáles son las disposiciones de las autoridades de Quito con respecto a nosotros?

—Estén tranquilos, padres; el Gobierno ha tenido en cuenta sus peticiones, y ha dado las órdenes oportunas.

—¿Nos llevan, pues, al norte, hacia la frontera de Colombia?

—Sí, hacia la frontera de Colombia, —repitió el comandante, marcando las sílabas y acompañando las palabras con una risa burlona.

¡Cuánta mentira! El telegrama era sin duda para indicarle que redoblara sus rigores, y que tomase sin más el camino de la selva. En efecto, mientras el comandante se esforzaba por descifrar el contenido del telegrama, el padre Sacchetti había conseguido recorrer rápidamente con la vista aquella página, en la que pudo leer la palabra *Lita*.

—¿Qué es Lita? —preguntó a algunos amigos.

—Lita es un río, que corre en el límite de la selva, en el camino del Paylón.

—Entonces, por allí vamos, —exclamaron todos tristemente.

El comandante, al oír esto, sonreía con indiferencia, como para indicar que se equivocaban.

Al levantarse de la mesa, el comandante, cumpliendo la orden recibida, duplicó las guardias y distribuyó cinco centinelas en los puntos principales del palacio, con la obligación de darse el *alerta* cada cuarto de hora.

Al principio, no dejó de ser una diversión el oír a cada instante:

—¡Uno! ¡Centinela, alerta!

—¡Dos! ¡Centinela, alerta!

—¡Tres! ¡Centinela, alerta! —y así, irse respondiendo los cinco, para repetirlo a los pocos minutos.

Con semejantes precauciones, lo que hasta entonces había sido un temor se convirtió en certeza, por lo que el padre Calcagno reunió a todos los desterrados en la misma sala de concejo de la Municipalidad, para deliberar sobre lo que debían hacer.

—Temía —les dijo—, para vosotros y para mí, un porvenir poco halagüeño, pues el primer día del viaje oí a un oficial de la escolta hablar de jornadas a pie, por el bosque. Horrorizado ante este pensamiento, quise cerciorarme, y encontrándome a solas con un soldado, le pedí amistosamente que me

informara sobre ello. El buen joven me dijo, lisa y llanamente, que tal vez tendríamos que viajar a pie por la selva.

Este temor, por otra parte, se había ido confirmando, porque después del telegrama recibido, el nuevo jefe comenzó a hacer grandes compras de provisiones, y mandó buscar varios indios para que cargaran con ellas.

Esto había hecho correr entre la población (*y haud semper errat fama*) la voz de que esta inusitada forma de viaje significaba a las claras las intenciones del Gobierno de deshacerse de los desterrados a fuerza de privaciones, no atreviéndose a obrar directamente sobre sus personas, por su carácter de extranjeros.

—Pero ahora, —añadió el padre Calcagno con solemnidad, y éste fué tal vez el momento más terrible y emocionante vivido por los desterrados;— ahora os he reunido para deciros que lo que era hasta hoy un temor y una sospecha, se ha convertido en certidumbre, y para proponeros (su voz se hacía cada vez más temblorosa) si preferís morir aquí, donde por lo menos no faltarán almas caritativas que den sepultura a vuestros cuerpos y sufraguen vuestras almas, o si estáis dispuestos a seguir el viaje: de cualquier modo, ir a la selva es ir a la muerte, y a una muerte segura y terrible.

El momento era angustioso y el silencio profundo. Se les proponía elegir, no entre la vida y la

muerte, sino entre morir donde estaban, atravesados por las balas, o morir abandonados, contemplando tal vez los unos las terribles convulsiones y agonías de los otros, pues irremisiblemente irían cayendo.

La decisión fué unánime: todos ofrecieron sus pechos a las balas.

Se extendió entonces un documento, el Testamento de los Mártires, del que se hicieron tres copias: una para enviar a los superiores de Turín, otra para Quito, y la tercera para entregar a alguna persona de confianza, a fin de que quedase un relato fidedigno de la tragedia que iba a suceder.

Levantada aquella solemne sesión, en que habían decidido la suerte de sus propias vidas, el padre Calcagno se presentó, en nombre de todos, al comandante.

—Comandante, —dijo;— nos consta que tenéis orden de conducirnos a morir en la terrible selva; sabed que hemos resuelto morir aquí, donde, aunque pese a las injustas órdenes del Gobierno, no faltará quien nos dé sepultura; estamos resueltos a no dar un solo paso hacia la selva. Ea, pues, reunid a vuestros soldados y disparad vuestras armas, terminando en un instante lo que tenéis orden de ejecutar por medio de un lento martirio.

El pobre hombre quedó desconcertado al oír estas terribles palabras, pronunciadas con tanta decisión, y no encontrando un camino mejor para salir del paso, afirmó con juramento que las órdenes re-

cibidas no eran las de tomar el camino del Paylón, sino el que llevaba a la frontera de Colombia, que podría alcanzarse en tres días de marcha, al cabo de los cuales quedarían completamente libres.

Vil engaño, rubricado con un juramento.

Todos quedaron indecisos con estas palabras, y volvieron a acariciar una vaga esperanza de salvación. Un recurso les quedaba aún para cerciorarse, y era que les habían asegurado que si al salir de Otavalo y tomar el camino que lleva a Ibarra, al llegar a un punto llamado *bivio* (dos caminos), en que éste se bifurcaba, torcían a la izquierda, iban, a no dudarlo, hacia la temible selva.

¡A LA IZQUIERDA!...

Esperaban todos con ansia el momento de la partida, a la que ya no se oponían, confiando en las palabras del jefe, pero que tampoco deseaban, desconfiando de las mismas; esperaban llegar a aquella terrible encrucijada, en que debían cerciorarse definitivamente de su suerte.

En este estado fueron aquella noche a descansar, pero les estaba reservada una terrible sorpresa: a las pocas horas de sueño, sonó el clarín que movilizaba la tropa, dando orden de marcha.

Se levantaron con una duda de muerte clavada en el alma. Era la medianoche.

Se ordenó lentamente la columna, colocándose a los desterrados en medio del grupo, y a una orden del jefe, con la ansiedad que es de imaginar, todos se pusieron en marcha.

Al salir de la ciudad con el mayor sigilo, para no despertar a la población, que de otro modo hubiera hecho una ruidosa despedida a los misioneros, tomaron el camino que conduce a Ibarra.

El corazón de los desterrados palpitaba cada vez con más violencia: se acercaban ya al punto fatal, donde conocerían la suerte que les aguardaba; ya están a pocos pasos, y sus ansias crecen; cuando las primeras escuadras llegan a aquel sitio, que todos desean y temen, se oye estridente la voz del comandante, que pronuncia la sentencia de muerte:

—¡A la izquierda!...

Y acto seguido, antes de que los desterrados puedan detenerse para mostrar su justa indignación por aquella nueva celada, los soldados, prevenidos sin duda, atropellan a las cabalgaduras de los misioneros, arrastrándolos por fuerza hacia aquel camino.

Pasado el primer momento de incertidumbre, se miraron con tristeza e indignación, viéndose nuevamente engañados; el padre Calcagno renovó sus formales protestas, pero ante la fuerza, en aquellas soledades y en la oscuridad de la noche, todo fué en vano.

Caminaron casi en silencio hasta las cuatro de la madrugada; a esa hora se les acercó el comandante y les dijo:

—Padres, descansen un poco.

Se apearon a la puerta de un colono, quien, a pesar de lo intempestivo de la hora, apenas supo quiénes eran los desterrados, los recibió con bondad, e hizo por ellos cuanto estaba en su mano.

Tomado un corto descanso, reanudaron la marcha; pero la noticia de su llegada había corrido ya, presentándose a su paso muchas personas de aquella hacienda o estancia a que pertenecía el colono, trayendo recipientes con leche sabrosa y fresca.

—Beba, padre, beba, que bien lo necesita, —repetían, y en esa forma tan singular, tomaron todos su desayuno aquella mañana.

Las poblaciones empezaban a escasear, y sólo encontraban, de tarde en tarde, algún rancho, en donde eran siempre bien recibidos.

En aquellas largas horas de camino, bajo un sol ardiente, dió el Señor, una vez más, pruebas manifiestas de su dominio absoluto sobre los corazones de los hombres, a quienes mueve, según su voluntad, a mansedumbre y a clemencia.

He aquí cómo nos narra uno de los desterrados la transformación maravillosa del comandante Cuesta, que tan rígido se había mostrado hasta entonces.

“El comandante Cuesta, que tan severo había querido mostrársenos, se volvió manso como un

cordero. La caridad que todos nos usaron en Otavalo, lo había conmovido y casi convertido. Había escuchado decir: “¿Y son éstos los enemigos del Estado?” No nos perdía de vista ni un momento, y viendo nuestra tranquilidad y buen humor, no podía comprender cómo nos habían apresado en forma tan violenta.

—Pero, padre, ¿qué han hecho ustedes? —preguntó al fin.

—¿Nosotros?

—Sí.

—*Conspirar*; dicen que hemos *conspirado*, y es verdad; pero sólo contra la ociosidad, la ignorancia y el error.

Parecía dudar; por las órdenes que tenía, éramos para él otra cosa bien distinta.

—Pero, ¿por qué los han arrojado del Protectorado?

—¿Quién lo sabe? Nunca hemos intervenido en política, y sólo hacíamos bien a la juventud de Quito.

—¿Y entonces?

—Nuestros jóvenes correspondían magníficamente; en pocos años hemos preparado varios maestros de taller.

—Padre, usted debe de haber conocido a un primo mío...

—¿Cómo se llamaba?

—Torres.

—¿Emiliano?

—Precisamente.

—Oh, sí, Emiliano Torres; era un buen joven; mereció el año pasado el diploma de herrero mecánico, y estaba ya aceptado para ponerse al frente de nuestro taller.

—¿Sí? —exclamó el comandante con sorpresa y alegría.— ¡Jefe de los herreros mecánicos! —repetía, y desde aquel momento fué otro.

Maldijo su suerte, que lo obligaba a conducir al destierro a aquellos religiosos, y dirigiéndose al padre Calcagno le pidió mil perdones por su primer trato, y le prometió cambiar en lo sucesivo.

Nosotros escuchamos aquellas palabras, y exclamamos con extrañeza: *Haec mutatio dexterarum Altissimi*".

LLEGADA A SALINAS

A la caída de la tarde llegaron a Salinas, donde pensaban detenerse un par de días, más que por los hombres, por los caballos, que andando ocho a diez horas diarias, iban quedando rendidos.

Salinas es una población compuesta casi totalmente de negros; rostros oscuros; pero almas lucientes por la caridad que para con los misioneros usaron.

Fueron alojados, en un principio, en casa del juez

municipal, y luego en el domicilio del párroco, o *Convento del Cura*, como allí decían.

Los pobres negros, que en otras circunstancias los hubieran aturdido pidiéndoles medallas, clamaban ahora con inmensa compasión:

—¡Pobrecitos, van prisioneros! ¡Cuánto sufrirán!

Un señor se presentó como conocido del clérigo Egas, y con él comenzaron a pasar otras personas, deseosas de verlos y obsequiarles con algo.

Una madre, poniendo su regalo en manos del director, exclamaba:

—Padre, bendígame y bendiga también a mi hijo, para que sea bueno.

Unos traían huevos, otros carnes, otros dulces y frutas.

Los pobres negros, viendo aquello, se animaron, y acercándose, preguntaron:

—Padres, si quisieran aceptar también alguna cosa de nosotros...

El oficial que guardaba la entrada no pudo oponerse a aquel tierno pedido, y les permitió pasar.

Volaron ellos a sus casas, comunicando por doquiera que podían llevar cuanto desearan, y volvieron en tal número con sus regalos, que, para ofrecerlos, debieron formar una larga fila.

Era realmente pobre el cuarto de que disponían para pasar la noche; no había más que una cama, que destinaron para don José Taricco, que, como dijimos, se encontraba enfermo. Comenzaban ya a

acomodarse en los rincones, utilizando las pieles y mantas que les habían obsequiado en Otavalo, cuando aparecieron nuevos amigos, trayendo unas esteras que tendieron por el suelo.

No es para descripta la piedad con que dijeron a los misioneros:

—No tenemos otra cosa, padre; pero mejor estarán aquí que en el suelo.

Con la bendición de Dios que les auguró el padre Calcagno en las *buenas noches*, se entregaron al descanso.

NOTAS Y NOTICIAS

Todos durmieron aquella noche, menos el padre Calcagno, que, viendo acercarse ya los horrores de la terrible selva, pasó aquella noche ideando nuevos recursos para evitar a sus hermanos tan espantosa prueba. Después de mucho cavilar, decidió escribir al gobernador de Ibarra, en cuyos dominios estaban. Por la mañana siguiente, conseguida la licencia, púsose a redactar la siguiente carta:

“Salinas, 27 de agosto de 1896.

“*Al señor Gobernador de la provincia de Ibarra.*

“Señor Gobernador:

“Hemos llegado hace poco a este pueblo; nos hemos informado del camino que tenemos que seguir

para llegar al término de nuestro destierro, y le confieso francamente, como superior de estos hermanos míos, que me espanta el fin que les espera. Habiendo oído hablar de su paternal corazón y de la buena fama de que disfruta V. E., me permito suplicarle se digne escuchar cuanto expongo:

“Somos nueve individuos, de salud débil casi todos, y algunos verdaderamente enfermos. En efecto, uno de los sacerdotes salió de Quito en un estado lamentable, porque está muy enfermo del pulmón, y además, durante el viaje se le han hinchado las piernas, de manera que no puede andar; otro está enfermo del estómago; yo sufro dispepsia y gran debilidad; otro sacerdote padece frecuentes hemorragias de sangre por la nariz, y otro no está todavía curado de una gripe... Por otra parte, el camino de Esmeraldas es señalado como difícil para recorrer: selvas que ni el caballo puede salvar; ríos que no se pueden atravesar, por no haber puentes; clima húmedo y malsano; puntos desiertos... Nosotros sabemos que nos exponemos a una muerte segura, si nos metemos por aquel camino.

“Suplico, por lo tanto, a V. E., se digne mandar aquí dos médicos, para que nos visiten, y luego declaren si estamos o no en condiciones de proseguir la marcha a Esmeraldas. Como estoy plenamente convencido de que los señores médicos, a primera vista, no podrán menos de manifestar que nos hallamos físicamente imposibilitados para emprender

semejante viaje, ruego a V. E. se digne ordenar que nuestro destierro se cumpla por la vía del norte, que desde aquí conduce a San Gabriel-Tulcán y Tuguerera.

“Por nuestra parte, damos nuestra palabra de honor a V. E. de que nos comportaremos de modo que no ocasionemos ninguna molestia al Gobierno.

“Los sentimientos de humanidad, comunes a todas las naciones, y que informan el carácter de V. E., me animan a esperar que resolverá favorablemente esta nuestra súplica.

“Como tenemos la conciencia tranquila de no haber tomado la más mínima parte en los sucesos relacionados con la política del Gobierno, nos atrevemos a suplicar a V. E. que, en el caso de no serle posible acceder a nuestra petición, nos conceda por lo menos tener una conferencia telegráfica con el cónsul de Alemania residente en Quito, para arreglar asuntos particulares que nos interesan.

“No marcharemos de aquí, hasta que recibamos vuestra contestación; si es negativa, obedeceremos en todo lo que se pueda, cediendo a la fuerza armada, pero protestando, como realmente protestamos, contra semejante acto de violencia, si se pone por obra; protestando como ciudadanos italianos que disfrutan de todos los derechos de ciudadanía, invocando la protección de nuestra querida patria, ultrajada en la persona de sus hijos, y haciendo responsable de todas las desgracias que

puedan sucedernos al Gobierno del Ecuador, que dictó la orden y las disposiciones de nuestro destierro.

“Hacemos tres copias de esta exposición: una, que es la presente, la mandamos a V. E.; la segunda la dirigimos al ministro representante de Italia, y la tercera la llevamos con nosotros mismos, para que la conserve quien sobreviva después de tantos padecimientos.

“En el deseo de que todo se arregle de una manera equitativa y conveniente para ambas partes, me es sumamente grato saludarle respetuosamente, aprovechando también gustoso la ocasión para ofrecerme de V. E., egregio señor Gobernador, humilde y agradecido servidor.

LUIS CALCAGNO, Pbro.”

Juntamente con esta carta, escribió otra a monseñor Federico González Suárez, obispo del mismo lugar, rogándole que intercediese por ellos ante el señor gobernador.

A la espera de respuesta, pasaron aquel día y el siguiente, y cuando ya se habían resignado a esperar un tercero, se oyó como a las once de la noche, el rumor de un caballo que se acercaba al galope; se detuvo frente a la puerta, y se escuchó la voz del comandante:

—¿Quién va?

—Amigo, —respondió el jinete.

—Adelante, pues.

Era, en efecto, el portador de la respuesta. El comandante, que preparaba los planes para el día siguiente, recogió las dos cartas que le entregaron, y golpeando a la puerta de los desterrados:

—Dispensen, —les dijo;— la hora es algo avanzada, pero en la confianza de que traigan buenas noticias, he creído de mi deber...

—Gracias, comandante. ¿Y qué nos trae?

—Dos cartas; hélas aquí.

Las entregó al director, y augurando las buenas noches, se retiró.

Eran, en efecto, del gobernador y de monseñor González Suárez.

Se pusieron todos de pie para escuchar su lectura. El director rompió primero los sellos de la carta del gobernador, y pasó rápidamente su vista por ella.

No admitía dicho funcionario que el camino que debía hacerse fuese tan peligroso, y añadía que no había motivo para inquietarse. No daba crédito a la protesta de no haberse inmiscuído en política, y cuanto por los desterrados hacía, era permitirles detenerse un tiempo, hasta que los enfermos mejorasen.

La carta de monseñor González Suárez mostraba todo su interés y cariño, pero comunicaba que nada tampoco había podido hacer.

Con esto, y un poco consolados por las cariñosas

palabras del señor obispo, se acostaron a descansar.

A la mañana siguiente, tuvieron la dicha de celebrar la santa misa. Al volver a su cuarto-prisión encontraron preparado un humeante desayuno, nueva caridad de aquellas buenas gentes.

La noticia del destierro se iba propagando rápidamente, y por doquiera aumentaban las simpatías hacia los misioneros. Nuevamente corrió la voz de que se trataba de libertarlos. En efecto, se encontraba a la sazón por aquellos contornos el valiente coronel Cornejo, levantado en armas contra el gobierno del general Alfaro.

Sabedor de que en Salinas se hallaban los Salesianos en calidad de prisioneros, se propuso atacar a la escolta que los conducía, para ponerlos en libertad.

Mandó con este fin a uno de los suyos, ^{camuflado} disfrazado de indio lugareño, ^{del cuerpo de cazadores} peón de estancia, para que se asegurase del lugar y fuerza de la escolta que conducía a los desterrados. ^{amigo} Alcanzó éste a comunicarse con el padre Calcagno, pero al salir de Salinas despertó sospechas y fué seguido por orden del comandante. Prendido en las afueras del pueblo y severamente castigado, se vió en la necesidad de manifestar la misión que había debido cumplir.

EN GUAJARA

De acuerdo con el comandante, para evitar conflictos y derramamientos de sangre, resolvió el padre Calcagno anticipar la marcha, y hacia medianoche de ese mismo día se dió el toque de partida, dirigiéndose a Guajara, donde esperaban encontrar asilo en casa de una buena cooperadora salesiana de Quito.

El camino continuó siendo bueno por algunas horas, y casi se extrañaron de haber creído con tanta facilidad lo que se decía de la famosa y terrible ruta del Paylón.

Las magníficas plantaciones de ^{aranci} naranjos, bananos y caña de azúcar, que como gigantes esmeraldas había en los pliegues de aquella cordillera, contrastaban de un modo fantástico con el agreste aspecto de la montaña, y anunciaban a los viajeros que se encontraban de lleno en la región cálida.

Son rarísimas las cabañas en aquellos parajes y las pocas que hay están habitadas por negros, los cuales, tan cariñosos como pobres, al verlos pasar corrían a ofrecerles hermosas y refrescantes frutas.

Al atardecer llegaron a una estancia de Guajara, donde fueron bien recibidos, y donde tuvieron oportunidad de enseñar un poco de catecismo.

Viendo entre las gentes una multitud de niños, el padre Santinelli les hizo señal de acercarse, mien-

tras otro sacerdote hacía lo mismo con las niñas, pudiendo entonces contemplar los habitantes de aquella vasta estancia el espectáculo para ellos desconocido de una explicación de catecismo al aire libre.

Terminada ésta, organizó el improvisado catequista una entusiasta partida de rescate. La diversión se animó mucho; al poco rato, ya todos comprendían el secreto del juego, y alentaban a quien estaba próximo a ganar, y reían del que perdía, prorrumpiendo en fuertes gritos a cada nuevo lance del juego. Las pequeñas jugarretas que se hacían unos a otros, los mil inocentes percances a que se presta el juego, las caídas imprevistas y otras variadas aventuras, divertían sobremanera a aquella gente, que gozó lo indecible con la novedad del espectáculo.

¿Quién hubiera reconocido en aquellos amables sacerdotes a los *terribles enemigos del Estado*, y en aquellos soldados que aplaudían frenéticamente, a los guardianes de los mismos?

Por orden del mayordomo de la estancia se les anunció que la cena les esperaba, y pasaron a hacerle los debidos honores; se terminó con una confortante bebida para preservarse de las fiebres, que tan fácilmente atacan en estas regiones, principalmente a los forasteros; bajo aquel sol canicular, es necesario tomar mil precauciones para no ser sus víctimas.

Al día siguiente, llegó un correo de la ciudad de Ibarra, dirigido al comandante.

Este, cuando se hubo impuesto de su contenido, se dirigió a los desterrados, diciendo en tono triste:

—Señores, ignoro si soy portador de buenas o malas noticias. Vean este despacho.

—Diga usted clara y distintamente nuestra suerte.

—Bien; sepan que el gobernador me nombra jefe único de la expedición, y me ordena que continúe el viaje...

—Perfectamente, estamos ya resignados a todo.

—Pero hay más.

—Dígalo sin temor.

—Me manda que los cuide bien y que no me deje engañar.

—Somos peligrosos, ¿verdad?

—Si el gobernador los conociera como yo... Sin embargo, no hay apuro, podemos esperar uno, dos días, lo necesario.

—Si hay que partir, cuanto antes será mejor, —respondió el padre Calcagno.

Y en efecto, se resolvió partir esa misma tarde.

El comandante Cuesta compró un barril de aguardiente para su tropa. Los misioneros se vieron, en el momento de partir, tan obsequiados, que no pudieron aceptar todo lo que se les presentaba. Entre otras cosas, les ofrecían también aguardiente, y viendo que lo rechazaban, exclamaban aquellas gentes:

—Tómenlo, no es lujo, no es sólo bebida de mi-

litares, es medicina indispensable en los parajes que tienen que atravesar; mezclado con agua, evita las fiebres.

Se vieron, pues, obligados a aceptarlo y a llenar con él cuantos recipientes tenían.

Con gran emoción y dolor despidieron aquellas buenas gentes a los desterrados, pidiéndoles la bendición.

Dignísimos (Infelices?)
¡DESDICHADO PAIS!...

Y partieron nuestros desterrados selva adentro, la confianza en la divina Providencia prestándoles nuevas fuerzas y la esperanza empujando su cansado paso.

Los caminos comenzaban a hacerse cada vez más difíciles. Los montes y los valles se presentaban siempre cubiertos de exuberante vegetación, a medida que se acercaban a la selva brava.

Marchaban, teniendo constantemente a la izquierda el río Mira; atravesaban de cuando en cuando espesos matorrales, y encontraban bastantes pasos difíciles.

Al terminar aquella primera jornada comenzó a lloviznar, pero no era posible hacer otra cosa, sino marchar adelante hasta encontrar algún poblado.

A las seis de la tarde llegaron, en efecto, a Guallupi, que se compone de cuatro viviendas, edificadas alrededor de un prado que sirve de plaza.

Un negrito se ofreció para servirles. Se instalaron en una de aquellas habitaciones, dividida en dos partes por un tabique de escasa altura, sobre el cual el negro colocó una gran vela de sebo, para que iluminara ambas partes.

—Señores, —dijo,— ustedes dispensarán si no son bien servidos; somos muy pobres.

—Mas pobres somos nosotros, —respondió uno de los desterrados; — ya verás con qué poco tenemos que contentarnos.

Cuando los vecinos se enteraron de la situación de aquellos sacerdotes, exclamaban con sentimiento:

—¡Desdichado país! ¿Cómo puede el señor bendecirnos, si persiguen a sus ministros?

—También echaron a nuestros queridos padres (los Capuchinos), —añadía otro.

Aquella noche se pasó en los últimos preparativos para el viaje, y buscando, entre las muchas personas que venían a conversar con los presos, alguna que les pudiese servir de guía, pues la travesía de la floresta virgen del Paylón era cosa seria, que traía preocupados al comandante y a sus soldados, pues ninguno de ellos conocía el camino, que no existía, y extraviarse en aquellas inmensidades era entregarse a una muerte segura.

A la mañana siguiente, se pusieron en marcha.

El camino comenzaba a ser intransitable, por lo estrecho, fangoso y resbaladizo; con todo, el deseo de concluir pronto aquel viaje, que se prolongaba

demasiado, animaba a todos a marchar con paso rápido.

Hacia las tres de la tarde se detuvieron junto al río Mira, en un lugar denominado Las Playas, en el que no había más que dos miserables chozas, a las que se dirigieron todos, rendidos de cansancio. Se alegraron encontrándolas completamente solas, aunque con indicios de haber sido abandonadas minutos antes de su llegada: seguramente, algunos pobres negros, a quienes pertenecían, viendo la tropa de soldados, habían huído amedrentados.

A pesar del cansancio, después de una hora de reposo decidieron los misioneros continuar el viaje, y así lo pidieron al comandante.

—Los caballos están rendidos, —decía éste.

—No importa, ya se desquitarán luego.

—No han llegado, tampoco, los indios con las provisiones.

—Nos alcanzarán en Parambas.

—Ignoramos el camino y nos exponemos a perder tiempo y víveres.

—Mande usted hacer un reconocimiento de los alrededores, pues me parece que no estaremos lejos de Parambas, —concluyó el padre Calcagno.

Salieron unos soldados, y al volver trajeron noticias poco halagüeñas: por doquiera, tupidos bosques, sin que apareciera camino ni senda alguna.

Se resignaban ya a pernoctar en aquella soledad, cuando a poca distancia apareció un negro.

—Amigo, ¿falta mucho para Parambas? —gritó el comandante.

—¡No, señor!

—¿Cuántas leguas?

—Lo ignoro.

—¿Te parece que podremos llegar antes del anochecer?

—Sí, señor.

—Pues bien, tú nos guiarás.

—No, señor; estoy ocupado.

—Te pagaremos.

—No, señor; yo soy libre, y nadie puede obligarme.

—¡Insolente! —rugió el comandante. — Sólo por ese modo de responder, te voy a obligar yo ahora.

Lo mandó prender, y, maniatado como un jumentillo, le ordenó que les señalara el camino.

El insolente negrito vió que le era mejor prestarse con sumisión, aunque mal de su grado, y se puso en marcha, caminando adelante, sin pronunciar palabra ni dar la menor muestra de impaciencia o de cansancio.

EL INGENIERO FLEMMING

A todo esto comenzó a llover con una persistencia tal, que todos se calaron completamente, convirtiéndose el camino en un lodazal, en el que se hundían las patas de los caballos.

Llegaron, al caer la tarde, a un punto en donde se ensanchaba el camino, y mientras se preguntaban si estarían cerca de alguna aldea, apareció a sus ojos una hermosa casa blanca, de piso alto, para guardarse de víboras y escorpiones, principal y casi única morada en Parambas, propiedad del señor Flemming, ingeniero alemán, dueño de aquellas inmensas regiones, que constituían su riquísima estancia.

Estando éste y su hijo ausentes, mientras esperaban su llegada se guarecieron bajo un balcón de la pertinaz lluvia, que se hacía ya sumamente pesada. Supieron allí que en una cabaña cercana se encontraban cuatro viajeros que acababan de atravesar la selva, y quisieron entrevistarlos.

Las noticias que recibieron, pero sobre todo el aspecto que aquellos infelices presentaban, acabaron de darles una idea de la satánica saña del Gobierno, al obligarlos a seguir aquella ruta.

Llegado el señor Flemming, no ocultó su extrañeza al ver, en un lugar tan apartado, casi un centenar de personas. Enterado de la situación de los misioneros, puso a su disposición la parte alta de la casa, mientras que el piso bajo quedaba para los soldados.

—Vengan adentro; suban conmigo, —decía el buen ingeniero Flemming.— Pero, ¿cómo han llegado a estos lugares tan alejados?

Así diciendo, entraron en una habitación rica y

lujosamente amueblada. Nadie hubiera esperado encontrar en aquellos sitios, tan aislados y distantes del mundo civilizado, una casa tan cómoda y señorial.

—A la verdad, —exclamaban,— parece un cuento de hadas encontrar tan rica y soberbia morada en medio de la selva.

El señor Flemming ordenó a la servidumbre que se pusiera a disposición de los misioneros; dispuso inmediatamente que se preparara una abundante y sustanciosa cena, y comenzó obsequiándolos con algunos vinos y frutas secas, de los que estaba bien surtido.

Cuando comenzaban todos a gozar del beneficio de aquella generosa hospitalidad, sucedió un grave percance, que afortunadamente no tuvo mayores consecuencias.

El negro que había sido obligado a servir de guía intentó huir, pero, alcanzado por un soldado y conducido ante el comandante, fué al punto reconocido por el señor Flemming como uno de los jornaleros de su estancia.

—Cómo, ¿tú por aquí? —preguntó extrañado.

—Me han obligado a servir de guía.

—No temas; contra tu voluntad no te llevarán.

—Es nuestro prisionero, —gritó un oficial.

—Es libre y empleado de mi estancia, —replicó el ingeniero.

—Está a nuestras órdenes, —agregó el comandante.

—Pues, yo he de arrancarlo de vuestras manos.

Y pasando de las palabras a los hechos, el señor Flemming, acompañado por otras personas de su casa, fuera de sí corrió a una habitación vecina. Todos pudieron oír distintamente el ruido producido al cargar los revólveres.

Los soldados, a las órdenes de los jefes, corrieron a formar, con sus armas dirigidas contra la puerta, y se hubiese sin duda producido una revuelta de graves consecuencias, si el padre Calcagno y demás misioneros no se hubiesen interpuesto.

No sin trabajo consiguieron calmar los ánimos y aplacar los odios. El ingeniero pidió formalmente y con buenas maneras la libertad de su protegido, y el comandante accedió a ello.

Ya sosegados los ánimos, tranquilamente y en buena compañía sentáronse los huéspedes a la mesa, para hacer los honores a la soberbia cena preparada por el señor Flemming.

Charlóse muy amigablemente, y el ingeniero explicó su género de vida en aquellos apartados parajes.

—Paso una vida entretenida, —decía,— al cuidado de esta estancia, que me da en abundancia café, azúcar, cacao y mil cosas, que, exportadas, rinden buenas sumas de dinero. Pero no piensen que sea únicamente el dinero lo que me tiene aquí, no: yo tengo una gran afición a la zoología, y en estas

regiones puedo enriquecer mis colecciones, que, por los libros que poseo, ostentan muchos ejemplares desconocidos en Europa.

Después de mostrarles sus riquezas entomológicas, ^{recordando como} cayendo en la ^{de cansancio} cuenta del gran cansancio que rendía a los cautivos, dióles las buenas noches y los envió a descansar.

Durmieron perfectamente, y a la mañana siguiente, 1º de septiembre, se levantaron con el sol, para emprender la última jornada, que los conduciría al río *Lita*, límite de la terrible selva.

El ingeniero los había precedido, y les hizo servir una buena taza de sabroso café, *negro como el diablo y caliente como el infierno*, según decía él sonriendo, y añadía:

—Pero quiero que también sea *dulce como un ángel*.

Y así diciendo, ^{ni más lo importa} llenóles además las ^{alforjas} alforjas con ^{ocho} harina de cebada tostada, que, amasada con agua, constituirá su único alimento por varios días.

LITA

Dando rendidas gracias al señor Flemming, los desterrados se pusieron en viaje. Penetraban ya casi en la selva.

¡Qué caminos! Ya era un barranco resbaladizo, donde con dificultad se sostenían en los caballos; ya un estrecho y tortuoso cañadón, a cuya vista todos

subordinava
se estremecían. Las bestias llegaban rendidas a la cima de algunas *unida* *salite* empinadas *estaba* *monta* *tra* *ma* *griarati* cuestas, después de haber obligado a realizar maniobras acrobáticas a los pobres jinetes. En ocasiones, no se conseguía hacerlas adelantar, pues su instinto les indicaba que no pisaban terreno firme, y más de uno debió agradecerles el no haber ido a dar entre aquellos pedregales. A las pocas horas de marcha, comenzaron a descender, pero el camino hallábase en tal forma cubierto de montículos de piedras, que era imposible a las bestias ir adelante, y a los jinetes mantenerse en la silla. Hubieron, pues, de apearse todos, y en larga fila, llevando cada uno su cabalgadura por la brida, atravesar a pie aquel mal paso, buscando un camino más practicable. Como no podían ir muy cerca unos de otros, por el peligro de las piedras que se desprendían de tanto en tanto, se daban continuamente voces, para no extraviarse.

Los soldados, por su parte, comenzaban a impacientarse y a murmurar contra quienes los obligaban a hacer tan penosas marchas por aquellos endemoniados senderos, sin ninguna utilidad.

Y a la verdad, se necesitaba una dosis más que mediana de paciencia, porque las dificultades aumentaban a cada paso, y había momentos en que no se sabía dónde asentar el pie.

Llegaron así al extremo de un valle, donde les cortaba el paso un riachuelo profundo, aunque no muy ancho, que era preciso atravesar.

Para ello había allí un puente, y, aunque pese al diccionario, no hay otro nombre para denominarlo: lo constituían tres troncos, tendidos de orilla a orilla, con un relleno de ramas secas en las juntas, y por él debían pasar con sus caballos.

Después de mucho titubear y medir con el oído la profundidad de las aguas del río, se fueron animando unos a otros. Hubo quien, no atreviéndose a cruzarlo después de haberlo intentado dos o tres veces, pretendió que lo dejaran allí abandonado.

Lentamente, sin embargo, fueron todos pasando con felicidad y ganando la opuesta orilla, y, con la gracia de Dios, nadie se perdió, a no ser los dos caballos que llevaban las provisiones.

La selva se iba haciendo más tupida e intransitable, ya encerrando a los pasajeros en verdaderas mallas, pues los bejucos dejan caer sus ramas hasta el suelo, con cuyo contacto echan nuevas raíces, y tornan a crecer para volver a caer otra vez, formando tupidas redes, que es preciso cortar para abrirse paso; ya obligándoles a hacer profundas reverencias, acostándose sobre los caballos, para evitar las ramas.

Los soldados se impacientaban, hasta proferir quejas y palabras que nos abstenemos de reproducir, por ser *piarum aurium offensivas*; los misioneros, compadecidos, quisieron dispensarles una nueva caridad, y dirigiéndose a los más fatigados, les rogaban que les permitieran llevar parte de su equipo,

por lo menos los fusiles. Espectáculo desconocido era ver a los pobres perseguidos llevando las armas de sus perseguidores, o mejor, de los que a pesar suyo eran instrumentos de persecución. Y no dejaban de reír con gusto, viendo a los misioneros armados, por parecer guardianes de su misma escolta: el mundo al revés.

Caminaron ese día, hasta que tres caballos cayeron, rendidos por la fatiga, para no levantarse más: sus pobres jinetes tuvieron que continuar el viaje a pie. “¡Pobres hermanos! —exclama en su crónica uno de los desterrados—; ¡cuánto debían sufrir! Yo los vi descansar, tendidos en la fangosa orilla del camino. El sudor corría en abundancia por sus frentes, mezclado con algunas lágrimas, que en vano trataban de ocultar”.

Levantáronse por fin y continuaron andando, consolándolos sólo el pensamiento de que sufrían por Dios.

De pronto vieron unos bananos, y se alegraron, ya que éstos no crecen espontáneamente, sino que necesitan de los cuidados del hombre, aunque no encontraban indicio alguno de que alguien viviese por allí.

Ya estaban casi desanimados, cuando escucharon de pronto el sonoro canto del gallo, señal inequívoca de que alguna morada se hallaba cerca.

Con este pensamiento se animaban unos a otros,

mientras con los ojos buscaban entre los árboles alguna casa o sendero.

A poco andar entraron en un campo abierto, en el que se levantaba una modesta casa: ¡Era Lita!... una casa habitada por cuatro hombres: dos negros y dos blancos. Era una factoría del señor Moncayo, gobernador entonces de Ibarra.

Fué tal la alegría común, que el padre Sacchetti, sintiéndose inspirado, comenzó a cantar:

*Dos cosas he suspirado
durante toda mi vida:
cantar la primera misa
y poder llegar a Lita.*

Se hallaban frente a una modesta casita, de un solo piso alto, con techo de paja y paredes exteriores e interiores de caña brava, clavadas en vigas que servían de armazón. *armazón*

El piso era de lo mismo. El conjunto descansaba sobre gruesos troncos, que la elevaban dos o tres metros sobre el suelo; precaución necesaria para evitar la humedad y las mil alimañas del bosque.

Un simpático personaje de unos cincuenta años les salió alborozado al encuentro, aunque extrañado a la vez con la vista de tanta gente: era el administrador de aquella estancia, don Modesto Endara, a quien mucho tienen que agradecer los Salesianos, por la caridad heroica y desinteresada que usó para con ellos, desempeñando con los desterra-

dos el mismo papel que el arcángel San Rafael para con el joven Tobías. Se alegró inmensamente, pues como tío que era de un salesiano, el clérigo Aparicio Andrade, conocía muy bien la obra que éstos realizaban.

Don Modesto — así lo llamaremos en adelante — se deshizo en atenciones; puso cuanto tenía a disposición de los misioneros, y mientras éstos descansaban un tanto y comentaban las aventuras de aquel día, dando gracias a la Providencia, que tan visiblemente los había socorrido, afanóse no poco en preparar una cena, cosa no muy fácil en aquel lugar, siendo tan crecido el número de comensales.

Cuando todo estuvo a punto, corrió a invitarlos para que tomasen un bocado, pues buena falta les hacía.

—Pero, ¿a dónde piensan ir ustedes? —preguntaba extrañado, viendo a los salesianos acompañados por tantos soldados.

—Quisiéramos volver a Quito, —respondió uno;— pero ese buen señor que está allí, —y señalando al comandante, que se sentaba con ellos a la mesa,— quiere llevarnos a Esmeraldas.

—¿A Esmeraldas? —dijo, abriendo tamaños ojos y poniéndose de pie.— Pero, ¿y no ven que es un viaje endemoniado?

—Y sin embargo es preciso ir allá, de buena o de mala gana.

Aquel buen hombre se indignó, no queriendo dar crédito a lo que oía.

—¡A Esmeraldas! —repetía,— ¡y contra su voluntad! Pero, ¿es posible? Yo voy y vuelvo sin dificultad, pero para otros es un paso intransitable. ¡Ah, quisiera tener yo aquí al señor que los obliga a cruzar esta selva! Conozco estos lugares palmo a palmo, y sé decirles que un viaje a pie de aquí a Cachabí es realmente espantoso.

—¡Pero traemos caballos!

—¿Caballos? No sirven absolutamente para nada; gracias que consigan pasar a pie.

En amena charla concluyóse aquella cena, y dando todos gracias a Dios, se entregaron al descanso.

FECUNDIDAD Y GRANDEZA

El bueno de don Modesto no cabía en sí, por el júbilo de tener consigo a tantos y tan buenos amigos, pero le aterraba, por otra parte, el pensamiento de que tenían que abandonarlo.

—¿Los dejaré marchar mañana? —se decía.— Después del viaje que han hecho, sería una crueldad permitir que se aventuren por el bosque. Pero, y después que descansen, ¿marcharán solos? Indudablemente se perderán, e irán a una muerte segura.

Y Dios, que protegía a sus siervos, se valió de este óptimo cristiano para conducirlos sanos y sal-

vos a través de mil peligros, burlando por tan sencillo medio los planes tramados por el odio y la iniquidad.

Esa misma noche, el padre Rocca cayó en un desvanecimiento, que hizo pasar un rato de angustia a todos, pues se temió perderlo; tan violentos eran la fiebre y el delirio. Afortunadamente, no pasó de ser un susto.

Por la mañana, al despuntar el alba, corrió don Modesto a despertar a los viajeros, y fué inmensa su alegría al encontrarlos levantados y rezando las oraciones de la mañana. Los miró sonriente, y dijo:

—Sigan, sigan; ustedes han de santificar mi casita; pero sepan que los espero para el café.

Cuando bajaron, viendo que el padre Calcagno caminaba con dificultad, dijo:

—Padre, ¿cómo haremos en el bosque? Pero, vaya, hoy no se parte; aquí mando yo.

Mientras se tomaba el café, se resolvió, de acuerdo con el comandante, permanecer allí por lo menos dos días.

El mayor Guerra y la tropa que lo acompañaba desde Quito había cumplido su misión al llegar a Lita, debiendo en adelante seguir custodiados por el comandante Cuesta, con los hombres traídos de la ciudad de Ibarra.

Los primeros debían, pues, volver sobre sus pasos, conduciendo las cabalgaduras y arneses de montar, que ya para nada servían.

Conmovedora fué la despedida. El mayor Guerra, después de abrazar a cada uno de los desterrados, se dirigió al padre Calcagno y le dijo:

—Padre Calcagno, muy triste misión me ha tocado cumplir con ustedes y muy contraria a mis sentimientos. Como exalumno de los Salesianos, guardo para con ellos respeto, admiración y cariño; como militar en servicio activo, he debido obedecer a mis superiores y aceptar esta orden, que he cumplido sin rencor, tratando de aliviar en lo posible sus penas. Como prueba de ello, sírvase, padre, aceptar este dinero; es todo lo que tengo, es el sueldo íntegro que me fué pagado, antes de partir, por acompañar a ustedes. Puede que les sea útil. Adiós, padres, adiós; que tengan buen viaje.

Y entregando al padre Calcagno la suma de doscientos cincuenta sucres, se alejó conmovido, no menos que los misioneros, al ver tan delicados sentimientos.

Aquel día y el siguiente pasaron en los preparativos del viaje, que había de durar unos cuatro o cinco días. ¡En cuántas cosas pensó don Modesto! Hasta quiso preparar una sillita portátil, en previsión de lo que le pudiera pasar al padre Calcagno.

Los misioneros pudieron, entretanto, formarse una idea de lo que era la selva.

Trascribimos una descripción del padre Guido Rocca, que se hallaba entre los desterrados.

“No es fácil describir lo que es una selva virgen:

es una belleza salvaje, es un horror sublime, es algo majestuosamente terrible; es la imponente grandeza y fecundidad de la naturaleza, ante la cual el hombre, aunque orgulloso y soberbio, se siente empequeñecido. Imaginen los lectores una llanura inmensa, cuyos límites no alcanza la vista por ningún lado, con un suavísimo declive hacia el mar, y completamente cubierta de vegetación lujuriente y vigorosa: árboles altísimos, en su mayor parte palmeras y cedros de enormes copas, verdaderos gigantes, tan desarrollados, que llegan a tener tres y cuatro metros de diámetro en sus robustos y añosos troncos. Las raíces forman un verdadero laberinto, semejando culebras que se siguen y retuercen, hundiéndose en el barro, porque en las selvas tropicales llueve torrencialmente casi todas las tardes, con lo que el suelo es siempre fangoso, y en él se hunde fácilmente uno hasta las rodillas. En este suelo blando y fecundo crecen en cantidad admirable mil helechos y gramíneas, de hojas parecidas a las del maíz, pero tan tíasas y cortantes, que parecen verdaderas cuchillas clavadas en el suelo. Por entre los diminutos intersticios del follaje llegan a la selva la luz del día y contadísimos rayos del astro rey, siendo apenas posible contemplar la bóveda azul del firmamento.

“Durante la noche se produce un silencio profundo y aterrador, semejante al silencio de la muerte, interrumpido alguna vez por el siniestro aullido

de las fieras, o por el terrorífico y frío silbo de las serpientes, que abundan y son de extraordinarias dimensiones.

“Durante el día, en cambio, se escucha el monótono concierto de los árboles, a los que se une el interminable guirigay producido por los infinitos pájaros que se mecen en las copas; de cuando en cuando, se escucha la infernal algarabía producida por los estridentes chillidos de los monos”.

Esta selva brava, poblada de fieras, surcada por ríos anchurosos, donde no encontrarán el más mínimo recurso llevado por la mano del hombre, es la que se aprestan a cruzar los valientes y heroicos desterrados, durmiendo donde los sorprenda la noche y sustentándose de lo que la solícita caridad de las almas buenas les ha proporcionado. Cinco largos días de marcha fatigosa, con otras tantas noches, ha de durar el viaje.

A don Modesto, hombre sencillo, pero práctico, no escapa lo temerario de la empresa, y si no fuera porque los misioneros se ven forzados a ello, no se atrevería a tentar a Dios, poniéndose al frente de la comitiva; sólo se ha decidido, después de pensarlo mucho, por salvar la vida de aquellos sacerdotes, que de otra suerte irían, con sus guardianes y jefes, a una muerte irremisiblemente segura y terrible, consumidos por el hambre y extraviados en las inmensidades de la floresta sin límites.

EN EL CORAZON DE LA SELVA

Don Modesto apareció esa mañana con una indumentaria que habría inmortalizado un cuadro: vestía un par de calzones ajustados; una malla le cubría el estómago; unos pedazos de pieles frescas, los pies sin medias, mientras un ancho sombrero le cubría la cabeza; bien ajustada a la espalda, a manera de mochila, llevaba una canasta, repleta de lo más indispensable: arroz, lentejas, una botella de vino destinada al padre Calcagno, que ciertamente habría desfallecido en el camino; eslabón y pedernal para encender el fuego, ya que los fósforos son en la selva completamente inútiles, por causa de la humedad.

Los misioneros reían a su sabor de su aspecto, cuando él les dijo:

—Señores, es necesario que me imiten. El puente del Lita no es tan cómodo como los de Europa. Es por lo menos necesario que se ciñan el hábito, porque el más pequeño tropiezo puede serles fatal.

Se perdieron con esto las ganas de reír, y hubieron de obedecer, ajustándose la sotana para poder andar más libremente.

Cuando llegaron al puente del río Lita, se quitaron los zapatos y medias, quedando con los pies descalzos, para afirmarse mejor.

—Aquí, —gritó don Modesto,— vamos a pasar el famoso puente, no *de los Suspiros*, como en Venecia, sino *del Espanto*.

Aquello era para asustar al mismo miedo: era un alambre de unos treinta a cuarenta metros, suspendido a prodigiosa altura sobre el torrentoso Lita, que podría tener unos veinte metros de profundidad. Construído en tiempo de García Moreno, se había conservado sólo por los cuidados de don Modesto, que le había añadido unas cuerdas vegetales (bejucos) como pasamanos. Sobre aquel hilo, que formaba un festón de arcos, sobre horrendas masas de piedra, entre las que serpenteaban las aguas rumorosas y espumantes del río, debían ellos poner el pie desnudo para ganar la otra orilla.

La vista de aquel puente era un verdadero espanto; parecía imposible atravesarlo: más fácil hubiera sido bailar sobre tendidas cuerdas.

Un indio, queriendo animarlos, dijo:

—Animo, señores; no hay que tener miedo; dos o tres meses hace, unos colombianos poco prácticos quisieron pasar por aquí, pero cayeron abajo, y ninguno ha vuelto a contar cómo les ha ido.

El momento terrible de jugarse la vida en un paso dado sin precaución había llegado, y nadie se atrevía a lanzarse sobre aquellas mal tendidas cuerdas.

Entonces don Modesto, para animarlos, avanzó, y, ágil como una ardilla, en un momento estuvo en la otra parte, regresando con la misma presteza,

como para hacer comprender que el trance no era tan difícil.

Con su ejemplo, se fueron todos animando, y lentamente, uno tras otro, dirigidos por don Modesto, que marchaba delante, pero caminando hacia ^{allí} ~~atrás~~, para mantenerlos con la mirada lejos del abismo, a fin de evitar el vértigo, que podía precipitarlos de un momento a otro, fueron llegando a la opuesta orilla. Al llegar a ella, cada cual consideraba un milagro el ^{no desmayar} verse con vida.

Reparó el hábil guía en que el director andaba, cuando llegó su turno, con más lentitud que los demás, y que daba señales de padecer el vértigo; se le aproximó, entonces, para acompañarlo más de cerca, y poniéndosele delante, le fué indicando dónde y cómo había de apoyar los pies y las manos, animándolo, al mismo tiempo, con cariñosas palabras. A mitad de camino estuvo a punto de desvanecerse, pero la mano firme de don Modesto consiguió que con felicidad llegara a la otra orilla.

Los soldados, no más hábiles que los misioneros en este género de acrobacia, perdían sobre aquellas cuerdas todo su valor; el mismo comandante maldijo mil veces aquella hora, por el mal rato que le hacía pasar ante sus soldados y prisioneros; tanto más, que don Modesto se había negado en un principio a dirigirlo, y no lo hubiera hecho, a no mediar la súplica de los desterrados. *justo tiempo*

Una hora y media se empleó en aquella azarosa travesía.

Ya en aquel punto, era preciso cambiar casi completamente de vestidos, y cuidarse de proteger sobre todo los pies; para esto se usaron botas y polainas de cuero, bien ajustadas con cintas del mismo material.

Ya listos ^{para} para adentrarse en la floresta, cuyo límite era el río Lita que acababan de pasar, don Modesto, que era el rey de aquella comitiva, dió sus órdenes: él iría a la cabeza de la columna, abriendo una brecha con su machete; marcharían tras él los misioneros, en fila de a uno, seguidos por los soldados, procurando no distanciarse unos de otros; cualquier percance sería avisado con un grito; mucho cuidado donde ponían los pies, porque las víboras abundaban, no ofreciendo peligro alguno si no se las pisaba al pasar; se emprendería siempre la marcha muy de mañana, para aprovechar el fresco de las primeras horas y adelantar todo lo posible, y también porque en la selva, después de las tres o las cuatro de la tarde, la oscuridad es densa, y unida a las lluvias torrenciales que caen a diario, impiden la marcha, y, finalmente, porque era necesario construir cobertizos donde pasar la noche, antes de la caída del sol. Don Modesto se encargaría de los padres, debiendo en esto los soldados proveerse por sí mismos.

Dispuesto y aceptado todo, se pusieron en cami-

no, subiendo y bajando por aquellas fangosas pendientes.

Viendo la dificultad con que caminaba el padre Calcagno, le ofrecieron el brazo para ayudarlo, aceptando él agradecido; pero a veces era tal la estrechez del camino, que había de privarse de este generoso sostén, y caminar con el bastón en la mano, escuchando tan sólo el chasquido que producían los pies al pisar el espeso fango, agua, hojas secas y cenagales.

Siguiendo el estrecho sendero abierto por don Modesto, llegaron a lo que propiamente constituía la selva virgen. ¡Qué fácil es decirlo, selva virgen! Pero ¡qué distinto es encontrarse en ella, como nuestros viajeros! Penetraron con paso firme, no prestando oídos a los mil ruidos misteriosos, capaces en un principio de infundir pavor en los ánimos más esforzados; de cuando en cuando, se oía el bramido de las fieras.

Los monos, abundantísimos y enormes, tienen la bonita costumbre de desgajar ramas sobre los viajeros, pero, siguiendo las indicaciones de don Modesto, eran ahuyentados con los bastones, no llegando a ser peligrosos, sino tan sólo molestos; hermosos papagayos descansaban en las ramas de los añosos árboles.

Después de unas horas de marcha, el padre Calcagno no pudo más y fué quedando rezagado; por lo que dos de sus hermanos, el diácono Reyneri

y el padre Ghiglione, haciendo un acto de caridad heroica, y sacando fuerzas de su cansancio y del amor que al Superior tenían, se le acercaron, y haciendo que les rodeara el cuello con sus brazos, lo arrastraron por aquellos lodazales, como dos bueyes uncidos al yugo.

En un buen punto, y donde tenía medio construido un cobertizo, viendo don Modesto el cansancio de los viajeros, hizo un alto para reposar y tomar un poco de alimento: en contados minutos construyó, pues era muy hábil para ello, una *regia tienda*, semejando una carpa de campana, con techo de hojas de palma, que por un lado llegaban al suelo y quedaba abierta por dos de sus costados, por donde no arreciaba la lluvia que había comenzado a caer.

Mientras don Modesto preparaba un hermoso fuego con la corteza de un árbol por él conocido, que arde con bastante facilidad, aun estando verde —fuego destinado a alejar durante la noche a las fieras, y principalmente a las terribles serpientes, que con sus sibilantes fauces abiertas tratan de hacer presa para saciar su hambre—, el padre Sacchetti se presentó al comandante para recibir la ración de pan, charqui, café, azúcar y cacao, que se daba a los soldados.

Pero cuál no sería su sorpresa e indignación, cuando oyó de labios del comandante que no podía facilitarle nada, en virtud de las órdenes recibidas.

En efecto, recuerden los lectores que, hasta el presente, nada habían recibido los desterrados que no fuera de la caridad de las personas que habían encontrado en su camino.

El padre Sacchetti, como buen toscano, se indignó seriamente, produciéndose un violento altercado con el comandante.

El padre Calcagno acudió entonces, e impuesto de lo que pasaba, dijo con cierta indignación y noble resentimiento, unidos a gran calma y dominio de sí mismo:

—Pero, ¿qué es lo que en definitiva pretende de nosotros el Gobierno? Seguramente que perezamos de hambre. Esto es inicuo e inhumano; se nos saca alevosamente de nuestra casa, sin darnos tiempo para nada, desprovistos de lo más elemental para un viaje semejante; se nos destierra sin ninguna formalidad judicial, y se pretende ahora, como remate, que desfallezcamos de inanición. Si el Gobierno desea, como es claro, nuestra muerte, ¿no dispone de cuatro balas para fusilarnos?

—Lo siento, — respondió el comandante—, pero así se ha dispuesto; vean ustedes cómo arreglarse.

—Y ¿cómo arreglarse aquí, en plena floresta? Aunque tuviéramos todo el oro del mundo, ¿de qué nos serviría ahora? ¿Por qué no nos han dado antes aviso de estas disposiciones?

—Tal vez cazando algo, —insistió el comandante.

—Porque cazando qualcosa

—Ustedes podrían cazar, pero a nosotros, ¿qué armas se nos ha permitido traer?

El comandante cuesta se retiró para consultar con sus oficiales, y lo mismo hizo el padre Calcagno con los desterrados: aquéllos encontraron más que justas las reclamaciones de los proscriptos, y éstos resolvieron no acatar tales órdenes y apoderarse por la fuerza de lo necesario, usando del derecho natural a la vida. Los soldados convinieron, finalmente, hacer partícipes de sus víveres a sus prisioneros, consintiendo en disminuir la propia ración.

Entretanto, don Modesto había preparado para aquella noche una cena singular, consistente en una sopa de lentejas cocidas en agua con sal. Bendecido aquel alimento por el director, se colocaron en círculo, teniendo cada cual ante sí una media calabaza, que llevaban siempre consigo suspendida al cuello, y que servía de plato, taza o vaso, según las ocasiones. No tenían más que una cuchara, que cedieron riendo al padre Calcagno, mientras el padre Sacchetti exclamaba:

—En tiempo de Don Bosco éramos más felices, pues cada uno llevaba la suya en el bolsillo.

Los demás no se desanimaron: aplicaron los labios al borde de la calabaza, y fueron apurando su contenido.

Las ropas, a pesar de haber estado junto al fuego, estaban empapadas, pues la lluvia no cesó hasta muy entrada la noche.



R. P. Luis Calcagno



R. P. Ciriaco Santinelli



R. P. José Taricco



R. P. Félix Tallachini



R. P. Carlos Ghiglione



R. Sr. Víctor Egas

El padre Calcagno, después de rezar las oraciones, dió las *buenas noches*, y todos se entregaron al descanso.

NOCHES DE LA SELVA

Era ya noche ^{alta} cerrada y en medio de la selva; no es tan fácil llegar a comprender la impresión que produce el echarse a dormir en tales circunstancias, expuestos a las *amorosas caricias de las fieras*.

De cuando en cuando se oía el graznido de algún ave de rapiña, al que con frecuencia contestaba el rugido del puma o del jaguar.

Imagine el lector cómo repercutirían en los oídos y en los corazones de nuestros misioneros estos ruidos, que muy bien podían ser preludio de espantosa carnicería.

Era la primera noche que pasaban en la selva: después de vencido el ^{temor} miedo, a todos les pareció sumamente poética.

A la mañana siguiente, el canto de mil hermosos pajarillos vino a anunciar a nuestros pobres desterrados que el sol se había levantado ya.

^{después} A pesar del viaje, la lluvia y las incomodidades del lugar, todos se encontraban perfectamente bien.

Tomaron un buen café, preparado por don Modesto, y se pusieron en marcha, por un sendero resbaladizo y estrecho, flanqueado por espinas, hier-

bas, malezas y árboles gigantescos, cubiertos de helechos y de otras plantas parásitas, que se entrelazaban caprichosamente, formando un laberinto de vegetación. Aquí y allá, pantanos, troncos de árboles caídos, ramas podridas, raíces extendidas en desorden, se entrecruzaban como víboras, estorbando el paso.

El hambre los molestaba con frecuencia, el sudor corría abundante por sus rostros; pero no desmayaban, y por aquello de “a mal tiempo buena cara”, comenzaron a cantar hermosas canciones, aprendidas en el Oratorio de Turín, alternando con los misterios del santo rosario.

Atravesaron un riachuelo llamado Checubí, donde encontraron algunos indios casi salvajes, llamados *cayapas*, que estaban sentados en grandes piedras, que la corriente de agua dejaba al descubierto en medio del río. Parecían estatuas, tan quietos permanecían mirando a la tropa de soldados. Compráronles los misioneros algunas calabacitas que necesitaban, con conserva de bananas, y ellos, agradecidos, obsequiaron al padre Calcagno con un trozo de pescado seco.

Después de reposar brevemente en aquel lugar, en el que reanimaron sus fuerzas con un brevaie preparado con harina de cebada tostada y agua, emprendieron nuevamente el viaje por aquellos abruptos y ásperos lugares.



Pantanos, troncos de árboles caídos, ramas, raíces, se entrecruzaban estorbando el paso.

maudello
qualche *travviri*
A poco andar encontraron unos andrajos, que parecían restos de vestidos.

—¿Qué es esto? —preguntaron.

—Aquí yace el cadáver de una pobre mujer, —dijo don Modesto,— que se encontró muerta hace unos días. Se supone que la desdichada se haya extrañado y perecido de hambre.

A poca distancia estaban sus restos, junto a un árbol: se detuvieron, rezaron por el alma de aquella infeliz, y dieron sepultura a sus despojos, con sentimientos de piedad sincera, pensando que lo mismo podía pasarles a ellos, si Dios no los guiaba.

A la caída de la tarde los sorprendió una lluvia torrencial, mucho más violenta que la del día anterior. En un nuevo cobertizo construido por don Modesto pasaron la noche, pero la persistencia de la lluvia les impidió conciliar el sueño.

El padre Rocca se vió nuevamente atacado por la fiebre, contristando a sus hermanos, quienes temían no poder continuar el viaje, pero, afortunadamente, con el nuevo día y con los solícitos *cure* cuidados del padre Calcagno y de don Modesto se reanimó prontamente, y se pudo sin dificultad continuar andando.

Llegaron a un punto en donde el camino se hallaba obstruido por enormes troncos de hasta tres metros de diámetro, tendidos en el suelo en todas direcciones. Era preciso trepar sobre ellos, para luego dejarse caer de un salto en el espeso fango que

formaba el suelo. El padre Calcagno quiso, en uno de estos saltos, evitar la violencia de la caída en el fango, y para ello se asió con ambas manos a unas ramas, que con su elasticidad amortiguarían sin duda el golpe; pero su precaución le costó cara, pues, no habiendo reparado que se trataba de una chonta (madera hierro), de agudísimas espinas y madera dura como el acero, sus manos quedaron acribilladas y ensangrentadas. Involuntariamente lanzó un ¡ay! de dolor, mientras todos corrían a socorrerlo.

Hubo que detener por un buen rato la marcha, hasta que se consiguió extraer todas las espinas y lavar con aguardiente sus heridas, para evitar infecciones.

Un segundo percance registra la crónica de ese día: el padre Sacchetti, el juglar de la comitiva, sufrió un accidente tragicómico, afortunadamente más cómico que trágico, y fué una solemne y espectacular caída.

—¡Ay! —gritó;— me he roto una costilla.

Todos acudieron para auxiliarlo, pero al llegar al lugar del siniestro no pudieron sofrenar un ímpetu de risa, tal era la cómica figura que el cuitado hacía, casi sumergido en el fango, al que afortunadamente debía el no haberse roto, no una, como él decía, sino varias costillas. Se levantó pesadamente, probó con flexiones todos sus miembros, para cerciorarse de la integridad de sus huesos, y viendo que, gracias a

Dios, no había sido más que un susto, exclamó, contemplando su indumentaria:

—¿Dónde es la fiesta, que ya estoy acicalado?

Rieron todos, y con nuevos bríos reanudaron aquella penosa marcha.

Como de costumbre, aquella noche acamparon en una improvisada choza, y estuvieron a punto de ser víctimas de una descomunal boa. He aquí cómo narra el suceso el padre Guido Rocca:

“Durante esa noche, escaparon nuestros viajeros de un peligro que hubiera podido ser de terribles consecuencias. Por causa de mi enfermedad, pasaba yo casi toda la noche insomne y desvelado. De pronto, en medio del pavoroso y profundo silencio, oigo un prolongado silbido; luego otro y otros, y a medida que se repetían se dejaban oír más claramente. No cabía la menor duda: algún animal, probablemente alguna serpiente, se estaba acercando al cobertizo. Me incorporo inmediatamente y corro a despertar a don Modesto, que debía estar haciendo la guardia. ¡Pobrecillo! Rendido por la fatiga, se había quedado dormido, y el fuego estaba casi apagado.

“—Don Modesto —le digo, sacudiéndolo;— preste atención, pues hace unos instantes se percibían unos extraños silbidos; tal vez alguna serpiente esté acercándose.

“En ese preciso instante se oyó un silbido largo, agudo y terrífico, que me heló la sangre.



R. P. José Reyneri



R. P. Alfredo Sacchetti



R. P. Guido Rocca



“—Es una serpiente, y grande —exclamó don Modesto, poniéndose en pie de un salto, olvidando su cansancio y su sueño.

“Atizó inmediatamente el fuego, echando en él una gran brazada de hojarasca, para levantar una buena llama, y a su luz pudimos contemplar, a la distancia de unos cincuenta pasos, una enorme boa, semienroscada y con la cabeza erguida, en actitud de atisbar la presa.

“Al resplandor de la llama, el temible reptil se desenroscó tranquilamente, dejando ver su ingente corpulencia, pues tenía de cinco a seis metros de largo, y se alejó con lentitud”.

Si bien esta clase de ofidios no son *velerosi* ponzoñosos, constituyen un serio peligro, porque envuelven a sus víctimas con sus férreos anillos, a fin de triturarlas, en lo posible, antes de la deglución.

Reavivado el fuego, pudieron nuestros amigos tenderse a descansar aún por unas horas.

ULTIMA JORNADA EN LA SELVA

Don Modesto había calculado terminar el viaje por el bosque en cuatro días, pero hubo que emplear uno más, porque al padre Calcagno, de constitución débil y enfermiza, le faltaron las fuerzas. Ya el tercer día, la jornada fué más corta, y el cuarto, el buen padre casi no podía caminar.

señal
montar en el
Intentaron servirse de la silla de manos que llevaban consigo algunos indios de la caravana, pero fué inútil: el camino era tan estrecho y tortuoso, y tan hondos los cenagales, que varias veces, aun atado a la silla, estuvo a punto de caer, aplastando a alguno de aquellos pobres y bien intencionados indios.

Quisieron conducirlo casi en brazos, colocándolo en medio de dos negros que lo sostenían, pero aquellos pobrecitos se fatigaban tanto, y comenzaron a transpirar en tal forma, despidiendo un olor tan repugnante, que fué imposible seguir así. Por otra parte, era de ordinario poco menos que imposible marchar, sino en larga fila de uno en fondo. Un buen negrito, con todo, no se desanimó, y precedía al padre Calcagno, dándole la mano en los pasos más difíciles.

allá en la
La mañana del último día, viendo don Modesto que se hallaban relativamente *cerca* del caserío de Cachabí, límite de la floresta, y que el camino se ensanchaba mucho, siendo ya difícil extraviarse, resolvió adelantarse con los que pudieran seguirlo, para buscar algunos hombres y enviarlos en auxilio del padre Calcagno.

Los víveres, calculados para cuatro días, se habían agotado, no quedando más que unas naranjas, con las que tuvieron que entretener el hambre más que regular que tan duras jornadas a pie les producían.

El padre Calcagno, el comandante y varios otros de los más fatigados, se habían ido quedando bastante atrás. Llegaron por fin a la cima de una loma, a la que llaman del Tigre, nombre poco agradable, por representar al vivo la realidad, abundando en ese paraje este género de fieras.

El padre Calcagno llegó poco después que los demás, y sólo encontró allí al fiel de don Modesto.

—Y los otros, ¿dónde están? —preguntó con ansiedad.

—Se habrán adelantado; ya no hay peligro de extraviarse, y piensan llegar esta misma tarde a Cachabí, que es nuestra última parada. Parece que no hubieran caminado nunca; la esperanza de salir pronto de esta selva les ha puesto alas en los pies.

—¿Y nosotros?

—Algo más tarde, pero llegaremos, llegaremos, —respondió don Modesto.

Acompañaban al padre Calcagno el comandante y otros dos oficiales, cubiertos de lodo y bastante cansados. El ansia de llegar a Cachabí los devoraba, pero tenían que disimular.

En esta ocasión, el padre Calcagno dijo al comandante Cuesta, que iba a su lado:

—Espero que, cuando lleguemos al término de nuestro destierro, nos dejarán libres; pero usted, comandante, tendrá tal vez que volver atrás, atravesando nuevamente la selva.

A lo que respondió el comandante, con una frase reveladora de lo terrible de aquella travesía:

—Antes que volver por este camino, me dejaré fusilar.

Mientras éstos caminaban y los sorprendía la noche en la selva, los otros misioneros, con algunos soldados, habían ya llegado a Cachabí.

Pero, ¿a dónde ir, solos, sin don Modesto y sin conocer a nadie?

No tuvieron mucho tiempo para iniciar sus averiguaciones, porque se les presentó el señor Lino Bedón, que, conocedor de la llegada de los padres salesianos, corrió a su encuentro, los condujo a su casa, donde les dió de comer, y puso a su disposición ropas limpias y secas, para que se cambiasen los hábitos mojados y rotos que traían.

Se regocijaron por tan buen recibimiento, pero su dicha no era completa al no encontrarse todos allí, pensando en las penas y sufrimientos de los que aún quedaban en la selva. Antes de entregarse al descanso, rezaron por los ausentes, y muy especialmente por el querido padre Calcagno.

También los que estaban en la selva querían apresurar el paso, pero no les fué posible, porque a la agotadora fatiga se añadieron la lluvia y las densas tinieblas de la tarde, que impedían por completo la marcha.

El buen don Modesto no cesaba de animarlos:

—Un esfuerzo más, —decía;— tengo en Cachabí

un amigo, para el que será una gran fortuna el hospedarlos. Animo, que ya es poco lo que falta, tanto más que los otros estarán intranquilos esperando.

Era hablar con sordos: sus miembros no podían ya con ellos. El padre Calcagno estaba realmente agotado; quería chancear y aparentar buen ánimo, para no afligir a don Modesto, pero sus piernas se rebelaban y los hechos desmentían los deseos de su noble corazón.

—No creí nunca que me pudiera pasar lo que tanto estoy temiendo, —decía.

—Y ¿qué es?

—Lo que Virgilio dice en sus versos: *Procumbit humi bos* (cae el buey en tierra). Mis piernas ya no pueden con mi cuerpo.

Como la lluvia arreciara, el mismo don Modesto se detuvo, ^{alto} ^{tenido} armó una carpa, y dijo:

—¡Alto! Por esta noche, quietos aquí.

La lluvia era verdaderamente torrencial, y la noche tan oscura, que no habían podido ver ni los agujeros que en el techo quedaron, por lo que casi llovía tanto dentro como fuera. El agua se había colado y formado un gran charco en el centro, en el que se sumergían los pies. Resignáronse a permanecer en tan incómoda posición, ante la imposibilidad material de evitarlo.

Pero se presentaba ahora otro grave problema: los víveres se habían agotado casi por completo, y no

tenían, para esa noche, más que unos granos de centeno y un poco de azúcar.

—Si hubiéramos podido caminar un poco más, —exclamaba con tristeza don Modesto— estaríamos mejor. Usted, padre, está enfermo y necesita cuidados.

—¡Oh, don Modesto! —respondió el padre Calcagno.— Si estuviéramos bajo techo, no podría apreciar ni disfrutar de su gran caridad.

Estas palabras tocaron el corazón del buen hombre: notó el padre que bajaba la cabeza, y saliendo fuera, so pretexto de atizar el fuego, se secaba algunas lágrimas, diciendo casi enfadado:

—Si el Gobierno no tuviera más enemigos que éstos, bien contento podía estar.

Viendo luego que la lluvia continuaba penetrando por entre las ramas del techo, recordó haber traído un gran poncho impermeable, y corrió en su busca, para ofrecerlo al padre Calcagno.

—Cúbrase, padre; así, por lo menos, podrá librarse del agua.

No quiso el caritativo ángel custodio del padre Calcagno apartarse de su lado ni un instante siquiera.

—Si se me ocurriese algo, —exclamaba, impotente;— pero ya no queda nada, absolutamente nada.

Y buscaba y rebuscaba, sin darse paz ni sosiego, hasta que encontró una diminuta naranja silvestre; le hizo un agujero y la presentó como un tesoro:

—Tome, padre; el jugo de esta naranja le hará bien.

El padre Calcagno recibió casi con lágrimas aquel don, que en semejantes circunstancias valía más que todo el oro del mundo, pues de mucho más precio era la caridad del que se lo ofrecía.

Sorbió una parte del jugo de aquel fruto, y lo pasó luego al padre Ghiglione, quien acabó con su contenido. *el qual consume*

Momentos más tarde apareció don Modesto, con una banana que había asado sobre las brasas.

—¡Oh, es demasiado! —exclamó entonces el padre Calcagno.— También usted ha de sentir hambre.

—No piense en mí, pues, teniendo salud, no he de morir por tan poco. No vaya a darme el disgusto de rechazarlo; tome, y que le haga bien.

Se tendió finalmente el padre Calcagno sobre un montón de hojas secas, con ánimo de pasar allí la noche; a poco, despertó con gran dolor de cabeza, y creyendo que estuviese por amanecer, consultó su reloj: eran las nueve de la noche. *estuviese por amanecer*

—¡Ay de mí, —exclamó—, qué noche me aguarda!

Creía tener fiebre muy alta, y le dolía la cabeza de un modo extraordinario, pero nada quiso decir, para no alarmar a los demás, y se entregó, completamente resignado, en las manos de Dios.

El Señor escuchó su plegaria, enviándole un sueño tan reparador y profundo, que no despertó hasta la mañana siguiente.

EL ZAPATO DE LA PROVIDENCIA

Cuando el padre Calcagno abrió los ojos, era ya de día. Se encomendó a la Virgen, cuya Natividad se celebraba, y a las seis se pusieron en camino, con tales bríos, que a las ocho se reunían con los demás compañeros, en casa del señor Lino Bedón. Era una casa pequeña, construída con troncos y caña brava, como la de Lita, aunque bastante más amplia y cómoda.

Se encontraba allí cerca un sitio denominado Playa de Oro, donde los ingleses habían en otro tiempo establecido un lavadero de oro; en él quedaban muchos restos de máquinas y gran cantidad de vestidos, de los que usaban los trabajadores. A medida que llegaban, iban abandonando sus hábitos enlodados y rotos, con que habían atravesado el bosque, y vistiéndose unos amplios mamelucos de una sola pieza, que no a todos sentaban muy bien, por lo que formaban un conjunto asaz ridículo.

En aquel asilo los sorprendió la noche, que vieron llegar sin tanto recelo como las anteriores, y descansaron bastante bien.

Permanecieron dos días en el hospitalario caserío de Cachabí, en donde, tanto los misioneros como los jefes, pudieron hacer lavar y remendar sus ro-

pas; los soldados, por su cuenta, hicieron otro tanto con sus uniformes.

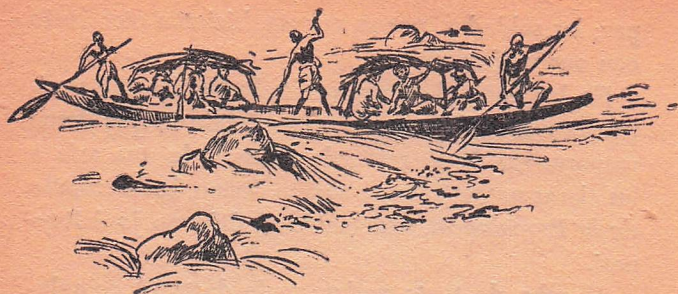
En las horas de descanso, todos tenían mil peripecias y anécdotas que narrar, siendo la que llamó mayormente la atención de todos, y la que más a las claras patentizaba el auxilio divino, la del *zapato de la Providencia*, acontecida al diácono José Reyneri.

Al cabo de tanto andar, se le destrozó completamente un zapato, debiendo por fuerza abandonarlo. En un principio, intentó seguir la marcha con el pie derecho descalzo, pero pronto las malezas del camino le hicieron comprender la imposibilidad de ir adelante, y cuando a todos comenzaba a preocupar seriamente la situación del pobre desterrado, he aquí que en medio de la selva encuentra, como llovido del cielo, un zapato en buenas condiciones, y precisamente del pie derecho.

Como en un principio el clérigo Reyneri no diera importancia al hallazgo, le pareció escuchar una voz que le decía: "Tómalo, cázalo, es para ti". Recogiólo entonces, y viendo que se acomodaba perfectamente a su medida, lo mostró alborozado a sus compañeros, exclamando:

— ¡He aquí el *zapato de la Providencia*!

¿Cómo explicar este hallazgo? Ciertamente que no puede dejar de admirarse la mano bondadosa de Dios, que velaba por sus hijos inocentes, tan injustamente desterrados y perseguidos.



EN LAS CANOAS

Las canoas estaban ya listas, agitándose nerviosamente en el río; pero antes de que los misioneros y los soldados se ubicaran en ellas, debieron los primeros soportar aún otro supremo dolor: la despedida del querido don Modesto, que, muy solito ahora, debía emprender nuevamente el camino terrible de la selva, para regresar a sus abandonadas faenas. La despedida fué sumamente tierna y conmovedora. Después de Dios y de la Santísima Virgen, a don Modesto Endara le debían verse libres de tantos peligros y de la misma muerte. Todos lo saludaron personalmente, para agradecerle cuanto había hecho por ellos. El padre Calcagno, sumamente conmovido, quiso, al fin, hacerlo en nombre de todos, ofreciéndole, aunque sin conseguir que los aceptara, los 250 sucres recibidos del mayor Guerra. El buen hombre lo miró sorprendido, y, como si nada mereciera, exclamó con sencillez:

—¿Recompensarme? ¿De qué? Si así lo hicieran, me privarían de la alegría que siento al haber podido hacer algo por ustedes.

Abrazólo entonces el padre Calcagno, con profunda emoción.

—Don Modesto, —le dijo;— usted ha sido nuestro ángel custodio, el instrumento de la divina Providencia; su nombre figurará entre los principales cooperadores y bienhechores de la Congregación; lo tendremos presente cada día en nuestras plegarias, para que el Señor lo colme de bendiciones.

Lloraba don Modesto enternecido, y no encontrando otras palabras:

—Adiós, —dijo;— que tengan buen viaje.

Y acompañando estas palabras con un cariñoso ademán, desapareció entre los árboles.

—Adiós, don Modesto, —respondieron todos;— que tenga también usted buen viaje por la selva.

Un profundo silencio se produjo entonces, que traducía, mejor que las palabras, la conmoción general.

Momentos después, y a una señal del comandante, comenzaron todos a ocupar sus puestos en las canoas. Eran largas y sumamente angostas, no pudiendo ir en ellas más que siete u ocho personas, contando el timonel y los dos remeros, de modo que se necesitaron nueve de estas embarcaciones.

Los timoneles y remadores eran todos negros, hombres altos, fornidos y musculosos; trabajaban

casi desnudos, y acompañaban sus rudas faenas con cantos y risas, que ponían al descubierto sus blanquísimos dientes.

Las canoas estaban provistas de toldos, hechos con ramajes, para evitar en parte los rayos del sol.

Ahora, río abajo, el viaje es un encanto, sin tropiezos, trepidaciones ni sacudidas. Acostumbrados un tanto a las terribles molestias del camino, este nuevo medio de locomoción les parecía, no sólo cómodo, sino hasta agradable. ¡Qué admirable agilidad la de aquellos buenos negros, para conducir las canoas! Uno de los remeros iba en pie, sobre la popa, y el otro, en la proa; el timonel recibía, con gran seriedad y complacencia, el título de *piloto*. Este, de pie en su sitio, con la vista clavada en el río, guiaba la canoa con precisión matemática, aprovechando siempre la misma impetuosidad de la corriente, para dar mayor impulso a la embarcación. Donde mejor se admiraba la práctica y serenidad del piloto y de los remeros, era en los frecuentes cruces de corrientes y en los puntos en que el río, precipitándose espumante y con fuerza extraordinaria, forma pequeñas cascadas.

Cuando las condiciones del río lo permitían, sin perder de vista el derrotero de la embarcación, paseaban sus escrutadoras miradas sobre los pasajeros. Al descubrir entre los soldados una trompeta, pidieron los negros que la tocasen, y haciéndolo un soldado a una indicación del jefe, comenzaron a

applaudir
palmotear, llenos de alegría, tratando de imitar con sus gritos el agudo y estridente sonido del instrumento.

aprovecha
La orilla era siempre de aspecto delicioso. Caprichosamente diseminadas en ella, se veían las rústicas y humildes cabañas habitadas por los negros. Al ver éstos, desde sus chozas, que eran sacerdotes los viajeros que se acercaban, se presentaron con frutas y huevos para obsequiarles, y gritaban luego, diciendo:

—Padre, la bendición.

La única molestia que debieron soportar fué la casi inmovilidad en que debían permanecer, y la poco grata música de los innumerables mosquitos, que, con perseverancia digna de mejor causa, se empeñaban en chuparles la sangre. El sol, a ratos, calentaba también bastante.

LOS ARCANOS DEL CORAZON

Navegando todo ese día, llegaron al anocheecer al pueblo de Concepción.

—Aquí, —dijo el comandante,— vive la familia del general Franco, y es preciso desembarcar.

El general Franco era el principal autor del destierro de los salesianos.

Atracaron, pues, las canoas y bajaron todos, siendo conducidos los misioneros a una casa de made-

legno

ra, donde se les destinaron, para pasar la noche, las habitaciones superiores, en las que no había camas.

El comandante Cuesta fué a ver al señor Julio García, yerno del general Franco, y pudo regresar trayendo consoladoras noticias de lo mucho que la hija del general y su madre se interesaban por ellos.

¡Oh, arcanos del corazón!... Estas almas buenas, sentían que el general Franco hubiera firmado aquel destierro, y se lamentaban de que no conociese la verdad de los hechos.

Para demostrar a los misioneros que no tenían ningún resentimiento hacia ellos, les hicieron llegar varios obsequios en víveres y remedios, destinados estos últimos especialmente para el padre Sacchetti, que padecía a la sazón agudos dolores, ocasionados por un panadizo en un dedo.

Un señor desconocido, enterado de su condición de presos, les hizo llegar varios regalos y alimentos en conserva. Lo mismo hizo el señor Filomeno Tello, diputado nacional.

Pudieron, en Concepción, hacer un poco de bien, atendiendo a una anciana enferma, que desde muy lejos habían traído sus buenos parientes, al conocer la llegada de tantos sacerdotes. Antes, habían ya bautizado a uno de los negros remeros.

Partieron de Concepción el día 10 de septiembre, siguiendo el cauce del río Santiago, en unas canoas mayores y más cómodas.

¡Qué hermoso espectáculo! El río tiene aguas terrosas y turbias, pero muy tranquilas. De trecho en trecho se ven sencillas cabañas y verdes praderas, en las que pacen numerosos vacunos.

El paisaje es realmente maravilloso, en la confluencia del Santiago con el Cayapas.

Pasado el pequeño pueblo de Borbón, pudieron divisar en lontananza el vasto océano Pacífico: se acercaban a La Tola, término de aquel viaje fluvial.

Unas horas más tarde, llegaron a esa ciudad. De muy buena gana saltaron a tierra, pero recibieron del pueblo, allí reunido para verlos llegar, un saludo poco cortés y menos cordial.

Aquella población era, hacía ya tiempo, presa de la agitación, y algunos malvados se sirvieron de la llegada de los misioneros para soliviantarla contra el clero. Faltos sus habitantes casi por completo de instrucción religiosa, pues casi nunca veían un sacerdote, viven prácticamente como ateos. Por otra parte, se dejan fácilmente sobornar por los caudillos políticos y anticlericales, quienes, como siempre, presentan al clero como un explotador del pueblo y enemigo de todo progreso. Alfaristas casi en su totalidad, los habitantes de aquella provincia (Esmeraldas) estaban convencidos de que el Gobierno tendría buenas razones para desterrar a aquellos religiosos.

Atravesaron las calles de La Tola entre una mul-

titud excitada, y fueron alojados en el edificio donde se encontraba la oficina telegráfica.

El telegrafista era de Quito y conocía a los Salesianos, por lo que puso lo poco que tenía a disposición de éstos. En frente, calle por medio, se encontraba la Municipalidad.

Se instalaron en la parte alta de la casa, dejando el resto para los soldados. El comandante, para no despertar sospechas, tuvo que tratarlos como a prisioneros, y puso un centinela a su puerta. Un caballero, al parecer muy cortés, quiso entrevistarlos, pero no le fué posible hacerlo por entonces: era un representante del gobierno de Colombia, que venía, sabiendo que los salesianos eran desterrados del Ecuador, a invitarlos para que pasaran a su patria, donde el gobierno colombiano quería poner bajo su dirección un colegio de artes y oficios.

La población, en pocos días fué cambiando sus sentimientos hostiles por otros más humanitarios, y comenzó a ayudar a los misioneros.

Un buen día, la mujer que los dueños de la casa donde se hospedaban habían puesto a su servicio, entró fatigada y fuera de sí por la alegría, con un gran saco a cuestas.

—¿Qué traéis, buena mujer?

—¿Que qué traigo? Véanlo, véanlo ustedes, —dijo, arrojando el saco en el suelo, con gran estrépito.

—¡Cuánto ruido! ¿Qué es eso?

Salesianos
desterrados de Quito

Sentados, de izquierda a derecha: RR. PP. Alfredo Sacchetti, Luis Calcagno, Ciríaco Santinelli y José Taricco.

De pie, de izquierda a derecha: R. Sr. Víctor Egas, R. P. Carlos Ghiglione, R. P. Félix Talachini, R. Sr. Diácono José Reyneri y R. P. Guido Rocca.



—Todo es para ustedes. ¡Cuántas cosas he oído decir! Todos hablan ya bien de ustedes.

Y mientras así decía, abría el saco, e iba exclamando alborozada:

—Seis cajitas de sardinas, tres de salmón, tres de langosta, dos de mantequilla, un pedazo de queso *formaggi* de Parma, un buen número de galletas, doce paquetes de cigarrillos, y, después, dos botellas de *vermouth* elaborado en Turín. ¿Ustedes son de Turín?

—No todos; pero Don Bosco, sí.

—¡Ah! —exclamó;— me olvidaba de darles esta carta,— y la entregó.

Era de un señor Domingo Sampietro, quien les rogaba quisieran aceptar aquel pequeño presente, que les sería muy útil para el viaje que debían continuar por mar.

En esos días quisieron celebrar la santa misa, pero no lo consiguieron, por parecer al comandante que eso podía acarrearles nuevamente el odio popular.

A MERCED DE LAS OLAS

Llegó el momento terrible de continuar el viaje. Parece que la demora en La Tola fué para dar tiempo a las autoridades a que deliberaran sobre la suerte de los misioneros. Se decidió que el viaje se hiciera por mar, o mejor, se decidió, como que

habían escapado ilesos de la selva, sepultarlos en el mar, fingiendo que se les embarcaba para continuar el viaje hasta Esmeraldas.

La tarde, nublada y lluviosa, se resolvió en una de esas terribles tempestades, propias de las regiones tropicales; soplabá un viento huracanado y furioso; llovía torrencialmente; los estampidos del trueno se sucedían ininterrumpidamente, en medio del siniestro resplandor de los relámpagos. El mar se hallaba embravecido, a tal punto, que nadie hubiera pensado salir aquella noche; desde lejos, oíase el estruendo ensordecedor de las olas, que, empujándose unas a otras, se rompían estrepitosamente en la costa.

En medio de la mayor sorpresa y con los más tristes presentimientos, recibieron la orden de prepararse para partir aquella noche: tal orden era realmente criminal.

En larga fila, en medio de los soldados, quienes, no menos aterrorizados que los misioneros, pues a todos aguardaba la misma suerte, contemplaban e integraban aquella escena, se pusieron en camino hacia el embarcadero, bajo el persistente azote de la lluvia.

Cuando el triste desfile pasó frente a la Municipalidad, donde en aquellos momentos se bebía y bailaba, se oyó una diabólica carcajada, seguida de esta frase, que se conoció más tarde:

—Esta es la última noche para esos frailes. *frati*

Que murieran ellos y sus guardianes, de quienes poco se preocupaban, era lo que se había pretendido, al embarcarlos en medio de tan espantosa borrasca, seguros de un inevitable naufragio, al que los arrastraría el terrible embate de las olas. *delle onde*
Pero por encima de estas inicuas y desalmadas maquinaciones estaba la Providencia, que velaba por los suyos, y que milagrosamente, una vez más, los había de salvar de una muerte violenta.

Llegados al embarcadero, subió de punto su sorpresa y terror al verse obligados a montar a bordo de una embarcación completamente desmantelada: todo faltaba en ella. *tutto mancava in essa*

Era un lanchón de unos quince metros de largo, cubierto por dos toldillas viejas y mal remendadas, que hicieron exclamar en italiano al siempre jovial padre Sacchetti:

*Cotesto toldo
non vale un soldo.*

El pavimento de la embarcación estaba formado por un enrejado de cañas de bambú; debajo del mismo se guardaban algunas provisiones, y, entre otras cosas, una damajuana con aguardiente. Bajo la toldilla de popa se colocaron las armas de los soldados, convirtiéndose aquello en *santabárbara*. El comandante y los misioneros ocuparon el toldo de proa, quedando los soldados en el centro de la nave.

Un timonel y tres remeros componían toda la tripulación.

Sumaban entre todos unas treinta y cinco personas, que habían de ser compañeras de riesgos y peligros durante el día y las dos noches que duraría aquel viaje.

Soltadas las amarras, partió por fin la pobre embarcación, cabeceando, azotada por el fuerte vendaval; en el puerto no se divisaba ni un alma viviente, y la impetuosa lluvia que caía incesantemente, hacía más triste y melancólica la partida.

La barca se deslizó con rapidez por la desembocadura del río, favorecida por la impetuosa corriente, para penetrar bien pronto en las aguas rugientes del océano.

En pocas ocasiones han resonado tan majestuosas y sublimes las magníficas estrofas del himno mariano *Ave Maris Stella* como en medio de aquella oscuridad profunda, rasgada tan sólo por la titilante y siniestra luz de los relámpagos, que hacía ver a los pobres desterrados la superficie del mar, terriblemente encrespada.

La navecilla, azotada por el viento, bailaba como cáscara de nuez al azote de las olas. Apenas si podían contemplarse unos a otros; las jaculatorias brotaban fervorosas, más que de los labios, de aquellos corazones angustiados; ya no cabía la menor duda del horrendo desenlace de aquella tragedia,

si Dios no ponía remedio con su omnipotencia divina.

El agua golpeaba con fuerza los flancos de la nave, ya elevándola a gran altura sobre las crestas rizadas de las olas, ya lanzándola con velocidad vertiginosa hacia los abismos, al huir éstas, rehusando sustentarla en sus lomos: más de una vez pareció que no se detendría hasta clavarse, como una saeta, en el fondo del océano.

Con dificultad se escuchaban las voces del pobre timonel, que en vano daba órdenes y hacía maniobras sobrehumanas, a las que la nave, juguete de los vientos, no respondía. Espantosas olas barrían la cubierta, envolviendo a los pobres desterrados, que no encontraban dónde guarecerse; los míseros soldados, víctimas de angustioso pánico, sacaban, careciendo de otra cosa, el agua con sus cascos, a fin de aliviar la deshecha barca. Todos sufrían ya el mareo, y en medio de la densa oscuridad que aumentaba por momentos se oyó de pronto esta terrible voz, lanzada por el timonel, rendido y desesperado:

—Padres, rueguen a Dios; humanamente todo está perdido.

El viento, silbando con furor, hace eco a sus palabras.

El efecto de esta frase es espantoso: los misioneros renuevan el tantas veces hecho a Dios sacrificio de sus vidas; pero los soldados, los pobres



El padre Calcagno arroja al mar la medalla de María Auxiliadora.

soldados, inocentes también ellos como sus cautivos, viendo tan cercana la muerte, acompañada de tan terribles circunstancias, se agitan y claman con voces lastimeras:

—Pero, ¿por qué nos han traído a morir aquí?

—Y ¿qué puedo hacer yo? —respondió el comandante, a quien se dirigían. — Ahí están los padres, confiésense.

El padre Calcagno toma entonces la palabra, y dice:

—Hermanos, acaso la última hora ha llegado para nosotros; arrodillaos, para que una vez más os bendiga.

Todos se arrodillaron; los soldados, pobrecillos, también lo hicieron.

Recordó entonces el padre que tenía consigo una medalla de María Auxiliadora bendecida por Don Bosco, y tomándola en sus manos, dijo:

—Recemos, sólo María puede salvarnos; —y rezaron varias avemarías;— pero antes de arrojar su imagen al mar, —añadió,— hagamos a la Santísima Virgen este voto: que en la tierra hospitalaria que nos acoja, si es su voluntad salvarnos, trabajaremos sin descanso para levantar en su honor un grande y hermoso santuario, que imite en sus líneas arquitectónicas al de Turín, erigido por Don Bosco, nuestro padre y fundador.

Todos ratificaron aquel voto.

Dicho esto, arrojó la medalla al mar. Las olas;

al contacto de aquella medalla bendecida por un santo y que representaba a la que es Estrella del mar, se calmaron casi de inmediato, produciéndose una apacible calma.

La pobre barquilla se sosegó también, y después de navegar gran trecho a la deriva, dulcemente empujada por las aguas, se sacudió bruscamente y se detuvo durante algunas horas, quedando ligeramete inclinada hacia estribor: estaban, sin saberlo, en la playa.

Al amanecer, nuevamente se puso en movimiento, levantada por las aguas, y como guiada por una mano invisible, pero segura, enfiló decididamente hacia el embarcadero, de donde había partido la noche anterior.

PERFIDIA Y NOBLEZA

Tras de la tempestad viene la calma: así también esta vez fueron los pobres proscriptos recibidos en La Tola, no sólo sin hostilidad, sino hasta con benevolencia; las gentes que habían podido comprobar la impetuosidad extraordinaria de la borrasca de la noche pasada, exclamaban asombradas al verlos sanos y salvos:

—Milagro, milagro; esto no puede explicarse de otro modo.

Los que antes, por temor, no se habían atrevido a manifestarles su afecto, lo hacían ahora con en-

tera libertad, recibíéndolos en sus casas y proveyéndolos de todo lo necesario. Las mismas autoridades se mostraron más humanas y asequibles.

Los soldados, testigos oculares de la protección sobrenatural de que habían sido objeto, no cesaban de dar gracias a los misioneros, los que, a su vez, las rendían, humildes y fervientes, a Dios nuestro Señor, a su Santísima Madre, la Virgen Auxiliadora, y a su fiel devoto, nuestro santo padre Don Bosco.

Uno de los primeros en acudir a felicitarlos y a congratularse por el feliz éxito de la tremenda aventura, fué el caballero colombiano de que hemos hecho mención.

—Creo firmísimamente, —decía,— que sólo Dios los ha salvado; los hombres nada han omitido para perderlos. Ayer tarde se realizaba en casa del señor R.*** un gran baile, y en medio de la danza y de la música, hubo quien tuvo la osadía de pronunciar estas palabras: “¿Veis qué borrasca? Será la última noche para esos frailes, que a estas horas se encuentran en el mar”.

—Pero, señor... —le dijeron los misioneros.

—Tengo pruebas indiscutibles, y repito que es verdad, —insistió el colombiano.

Las autoridades pretendieron embarcarlos nuevamente esa misma tarde con destino a Esmeraldas, pero tanto los desterrados como el comandante y

los soldados, se negaron resuelta y decididamente a ello.

—Si no hubiera sido por la medalla de María Auxiliadora, ¿quién sabe cuál hubiera sido nuestra suerte?— repetían públicamente.

También el jefe político, a quien estaban encomendados durante su permanencia en La Tola, creyó más conveniente hacer aquel viaje por tierra, pero la distancia era demasiado grande y se hubieran empleado varios días.

—Y ¿qué remedio nos queda? —decían los misioneros.— Hemos hecho ya tantas jornadas, que ésta, aunque larga, nos parecerá llevadera.

Con todo, se buscaron caballos, pero no se daba con ellos. Y fué entonces cuando la divina Providencia, que suele jugar con los hombres y probar que sólo Ella es dueña de los acontecimientos, y que si el hombre se agita, es Ella quien lo conduce, dió nuevamente testimonio de que muy bajo sus solícitos cuidados tenía a aquel grupo de heroicos misioneros, que todo lo habían abandonado para ganar almas a Cristo.

Mientras el jefe político se afanaba en la búsqueda de los animales, se presentó el señor Julio García, esposo de la hija del general Franco, preguntándole por qué andaba tan atareado.

—Pero, ¿no sabe usted las cosas maravillosas que han sucedido? El pueblo está lleno de admiración por esos pobres desterrados, y convendría prepa-

rarles un viaje lo menos incómodo posible, hasta Esmeraldas.

—Bien; pero, y a usted, ¿qué le va en ello?

—Pues, que quieren ir por tierra, y no tienen un sucre para pagar caballos, y yo no estoy autorizado para hacer este gasto. Una buena suma; son nueve personas.

—Pues bien: queda todo arreglado. ¿Cuánto se necesita? Yo pago lo que sea.

—¿Usted?

—Sí; quiero sorprender gratamente a mi mujer, que piensa en esos sacerdotes como una madre en sus hijos.

¿Quién hubiera esperado una resolución tan generosa, precisamente de uno de los familiares del autor principal de aquel destierro?

Se mandó de inmediato a buscar caballos, y aunque *no fueran* ^{tan buenos} muy buenos, para ganar tiempo, se aceptaron en seguida. *si aceptamos subito*

Se convino en salir sigilosamente, pero no era tan fácil disimular el movimiento de aquella tropa, y así, a pesar de las precauciones empleadas, fueron numerosas las personas que acudieron a despedir cariñosamente a los desterrados, que, ya sobre sus caballos, saludaban con sonrisas y agradecían con ademanes amistosos aquellas demostraciones.

MAR Y SELVA

Se pusieron en camino por la playa, entre la selva y el mar; en tres jornadas de ocho horas, hechas en su mayor parte de noche, para evitar los ardores del sol ecuatorial, podían estar en Esmeraldas. Este viaje no ofrecía mayores peligros, fuera de algunas colinas que atravesar y algunos ríos y estuarios que vadear. Los de a caballo (sólo los misioneros y oficiales), lo harían a nado, y los soldados, en balsas, que rápidamente construirían con cañas de bambú.

El panorama es ahora encantador en esta región tropical: a la izquierda, la majestad de la selva virgen; a la derecha, la sublimidad del piélago sin límites.

Cuando iban más entretenidos, caminando con entusiasmo y haciendo los más variados comentarios, ponderando los naturales encantos, los contrastes de la selva y el mar, el hermoso y límpido cielo y los floridos vergeles de los alrededores de la costa, vieron deslizarse, rápida como ligera y rauda paloma, una hermosísima y esbelta falúa, con todas las velas dadas al viento, dejando en pos de sí una fugaz estela de espuma, imagen de las vanidades de este mundo. Mientras contemplaban y admiraban la velocidad y los graciosos cabe-

ceos de la bella embarcación, se les acercó el comandante Cuesta y les dijo:

—¿A que no adivinan quiénes van en esa barca?

—Difícil será; ¿quiénes son?

—Es nada menos que la falúa del general Franco, que conduce a Esmeraldas a su familia: allí van también dos de nuestros soldados, haciendo guardia de honor. Llegarán antes y mejor que nosotros a Esmeraldas.

Continuaron su viaje, admirando a trechos las enormes cantidades de moluscos y otros mariscos, que a veces cubrían la playa, de tal modo que por grandes extensiones no se veía la arena.

Tal sucedió al llegar a Camarones, en cuya playa abundan tanto estos crustáceos, que han dado su nombre al pueblo.

Los cascos de los caballos aplastaban implacablemente a estos indefensos animalillos, que no siempre conseguían refugiarse a tiempo en sus hoyos. Atravesaron algunos *esteros*, (1) sin mayores incomodidades.

—A menudo, —decía el comandante,— estos caminos cuestan la vida a quienes viajan por ellos.

—¿Y cómo?

—Muy sencillamente: como ven, estos senos de mar son, a veces, bastante extensos, y sucede con

(1) Lugares bajos, próximos a la costa, que con la marea se convierten en verdaderos lagos.

frecuencia que, encontrándose en seco, la baja marea invita a cruzarlos, pero antes de llegar al término, viene la pleamar, y arrastra a los pobres viajeros en su vertiginosa corriente.

Los de nuestra comitiva prefirieron, aun a costa de alargar el viaje, rodear alguno de estos estuarios, lo que los obligaba a apartarse de la playa. Pero el camino se hacía tan malo al salir de ésta, y encontraban tan serias dificultades, que no sabían si hubiera sido mejor lanzar los animales a nado a través de aquellas aguas.

Es lo que hicieron en la segunda jornada nocturna: se encontraron con un vasto y torrentoso estuario en plena pleamar, y decidieron atravesarlo. Una vez que falta a las bestias piso firme donde apoyar los cascos, hay que dejar las riendas y abandonarse en las manos de Dios y en la pericia y resistencia del animal.

Como las aguas torrentosas trataban de arrastrarlos, decidieron colocarse en larga fila, y para cerciorarse de que todos marchaban sin novedad, darse voces, llamándose por el número de orden que cada uno ocupaba. Era aquel un magnífico espectáculo: los caballos, completamente sumergidos, llegando el agua hasta la cintura de los jinetes, de modo que sólo se veía medio cuerpo de éstos, juntamente con las erguidas cabezas de los caballos, que bufaban rendidos de fatiga.

¡Uno!... gritaba el primero; ¡dos!... respondía el

otro; ¡tres!... ¡cuatro!... y así continuaban llamándose, hasta el ¡doce!... al que de nuevo respondía el ¡uno!...

En una media hora, que les pareció bien larga, consiguieron, no sin varios sobresaltos, atravesar aquel amplio estuario.

Siempre por la playa, después de dejar atrás los pueblos de Lagartos y Ostiones, llegaron sin novedades al pueblecito de Río Verde, el 15 de septiembre.

Tiene este lugar algo de misterioso: forman un contraste extraordinario su posición encantadora, que no puede ser más atractiva, y su aspecto lúgubre y desolador, que no puede ser más triste; sus pocos habitantes parecen llevar la melancolía retratada en sus rostros, y, para completar un cuadro tan desolador, se ven a cada paso ruinas informes de hermosos edificios abandonados, y muchas casas que, a pesar de su buen estado, se hallan completamente deshabitadas.

Un buen cristiano de por allí les reveló el secreto de aquella anormalidad.

—Antes, —les dijo—, florecía aquí el comercio; la población era numerosa; se estaba bien, y sobre este río, que ha dado su nombre al pueblo, había un continuo vaivén de tráfico. Ahora, todo parece muerto. Dicen que en tiempos pasados hubo aquí un celoso párroco, a quien no le permitía su amor a las almas tolerar ciertos abusos, hijos de la ri-

queza y el bienestar. “Hijos míos —decía en sus sermones—, estas colinas y llanuras son un manantial de riquezas, pero si no las sabéis usar, el Señor puede castigaros, y estos bellos lugares pueden quedar desiertos. Acordaos de Jerusalén”.

“No sólo no escucharon aquellos ingratos feligreses la solícita voz del celoso párroco, sino que comenzaron muchos a apartarse de él, creando a su alrededor una atmósfera de aversión y descontento.

“El buen párroco se vió abandonado y hasta insultado. Aquí comenzaron las desgracias: los alrededores del río se tornaron malsanos, las enfermedades y fiebres hicieron presa en la población, y poco a poco todos fueron alejándose de este pueblo, al que desde entonces faltó la bendición de Dios.

Se les designó por morada una de aquellas casas, de bastante buen aspecto. Constaba de dos pisos, comunicados por una vieja y carcomida escalera de madera. Había sido una escuela. La primera habitación que encontraron estaba completamente a oscuras y llena de bancos en el mayor desorden: a los primeros rayos de luz que se deslizaron al abrir una ventana, una bandada de murciélagos, que tranquilamente dormían en las paredes, se desparramó revoloteando y chillando con grande azoramiento, como si protestasen contra los importunos que venían a turbar su silencio y la paz de sus sombras.

Tantas avispas entraron al mismo tiempo por aquella malhadada ventana, que hubieron de huir, protestando que no querían vivir en aquella arca de Noé. La verdad es que hubiera sido imposible descansar en medio de tantos bichos.

Pidieron hospedaje en otra casa cercana, antigua tienda, cuyo dueño, a quien encontraron liando cigarros, los acogió con alegría. Hombre franco y decididor, los puso pronto al corriente de cuanto podía interesarles. Así descansaron aquella noche, dispuestos a reanudar la marcha con el nuevo día.

ESMERALDAS

Levantáronse los misioneros a la mañana siguiente con el sol, y poniéndose en marcha de inmediato, atravesaron el río Verde, de tan infaustos recuerdos.

En pocas horas de camino por aquellas amenísimas regiones, estuvieron en la orilla del gran río Esmeraldas, al que no tenían más que atravesar para entrar en la ciudad homónima, término de aquel fatigoso viaje.

Echando pie a tierra, dejaron los caballos, que tan buenos servicios les habían prestado, y se dirigieron a una canoa que se acercaba, para vadear el río. La noticia de su arribo parecía haber llegado antes que ellos a Esmeraldas, pues buena

parte de la población se hallaba reunida en el pequeño muelle para recibirlos.

Bajo un sol abrasador fueron conducidos al Hospital Nuevo, donde debían instalarse: éste se hallaba en la parte opuesta y bastante retirado de la ciudad, por lo que debieron hacer un largo trecho a pie.

Al pasar por una calle, viendo el padre Calcagno una tienda montada al estilo europeo, mandó comprar en ella un poco de pan por un soldado, mientras los misioneros esperaban fuera. El propietario, no bien oyó de qué se trataba, exclamó en alta voz y en buen piemontés:

—*Che pan d'Egitt!... Ai veul d'bon vin, d'salam, quaich cosa d'tut; povri diau.* ¡Qué pan de Egipto!... Lo que necesitan es buen vino, salchichón y un poco de todo, pobres diablos, —y esto diciendo, recorrió los estantes de su despacho, tomó cuatro botellas de buen vino, varias cajas de conservas, galleta y cigarros, y lo envió todo al padre Calcagno, rogándole tuviese a bien aceptarlo.

No se ha conservado el nombre de esta alma generosa, sabiéndose tan sólo que se llamaba Antonio.

Con esta dulce carga llegaron al hospital, pero aquí les aguardaba otra sorpresa: no bien hubieron dado fin a aquellas provisiones, con un apetito más que regular, recibieron la orden de cambiar de domicilio.

Resignados, emprendieron la marcha, bajo un sol canicular. Fueron esta vez alojados en el mismo edificio de la Comandancia Militar, nuevamente con centinela a la vista, que debía dar, a cortos intervalos, el ¡centinela, alerta!... y tratarlos con más severidad que nunca, completamente reclusos e incomunicados. Tal fué el rigor de los primeros momentos, que hasta los soldados ya conocidos de la escolta fueron relevados por otros, para montar aquella odiosa guardia a la puerta de los misioneros.



Pero el comandante de aquella plaza, con el trato y relaciones que con los misioneros tuvo, bien pronto conoció la clase de presos que le confiaban, y que no eran personas peligrosas en modo alguno. Es más: habiéndoles oído cantar en los ratos de ocio, apareció él mismo con su guitarra para acompañarlos, con lo que pasaron una hora de sana y restauradora alegría, que tuvo además la virtud de refirmar en el comandante la convicción que ya poseía, de que aquellos desterrados eran completamente inocentes. En consecuencia, retiró los centi-

nelas, mejoró el alojamiento, les dió facultad de utilizar toda la parte libre del edificio, y de salir libremente por la ciudad, llegando a decir:

—Si en Quito manda el general Franco, sepan que aquí mando únicamente yo, y mientras estén bajo mis órdenes, son ustedes completamente libres.

Los misioneros, cuando quedaron solos, admiraron el cambio de opiniones de aquel buen señor; pero aun aprovechando de su generosidad, no quisieron abusar. Se trasladaron todos a la terraza, donde podían estar con más comodidad, por la amplitud del lugar. Sus pensamientos vagaron por un instante tras de sus ojos, que contemplaban un espléndido panorama. Amenizaron el rato narrando algunas anécdotas, y, llegada la hora, tomaron un poco de alimento que aún les quedaba, pues hasta el presente nadie había pensado en esto, más que la divina Providencia.

Mientras tal hacían los pobres desterrados, los soldados, desparramados por el pueblo, daban las noticias más detalladas de los misioneros.

—¡Chispas! —exclamó un señor, al oírlos.— ¡Los salesianos de Quito en Esmeraldas! Ellos sabrán darme noticias de mi querido sobrino.

Y así diciendo, corrió a la Comandancia.

En virtud de las órdenes dadas por el jefe de la misma, no le fué difícil llegar hasta la terraza, en el preciso momento en que terminaban de tomar su frugal refección.

Se detuvo un momento a la puerta, pero no tuvo necesidad de preguntar nada, porque el clérigo Egas, su sobrino, reconociéndolo, corrió hacia él, lleno de alegría.

—Pero, ¿cómo, tú también por aquí? —exclamó aquel señor.— ¿Luego no eran ciertos los rumores, de que sólo los extranjeros eran desterrados? Y ¿cómo está tu madre? ¿La has visto antes de salir? ¿Y tú?

Respondió el buen clérigo brevemente a esta serie de preguntas, tan naturales, y concluyó diciendo:

—Hemos padecido mucho, tío; pero ya estamos salvos.

—Pero, por lo que veo, —añadió aquel señor tendiendo una mirada en derredor,— carecéis de todo; tendréis necesidad de tomar algún alimento.

—Algo hemos tomado hace un momento; no se incomode usted.

—¿Incomodarme? ¡Vaya! ¿Qué incomodidad me ha de ocasionar que os traigan algún alimento, que tanto necesitáis?

Salió el señor Belisario Egas, tal era su nombre, y volvió al poco rato con algo de lo más necesario, siguiéndole a cortos intervalos otras personas, que, por su orden, iban trayendo colchones y mantas. Hasta hizo también venir al buen doctor Pozo, que los reconoció a todos y curó con mucho cariño al padre Sacchetti.

—No soy rico, —exclamaba el señor Belisario Egas;— pero tengo crédito en el pueblo, y nadie me negará lo que pida; conquese si necesitan alguna otra cosa, no tienen más que decirlo.

—Gracias, gracias, —le respondieron;— ya bastante ha hecho usted por nosotros.

El padre Calcagno consiguió en esos días una conferencia con el señor gobernador de aquella provincia.

—¿En qué puedo servir a usted? —preguntó a éste, no bien el padre Calcagno estuvo en su presencia.

—Usted debe de saber quiénes somos, y que hay orden de que sólo dos de nosotros vayan a Guayaquil. Yo pido que podamos ir todos; hemos estado juntos hasta ahora, y deseamos terminar juntos este destierro.

—No veo razón para separarlos, —respondió el gobernador;— vayan, pues.

—Gracias, señor gobernador. Ahora, si no es abusar de su amabilidad, tendría otro favor que solicitar.

—¿Cuál es?

—Que podamos celebrar la santa misa en la iglesia parroquial.

—Desde este momento, la iglesia está a su entera disposición.

En el trascurso de esta conversación, tuvo también ocasión el padre Calcagno de refutar una serie de calumnias, publicadas en unos periódicos de

Quito, que el gobernador le entregó: aquellos malvados, estando ya los Salesianos ausentes, habían inventado mil calumnias, para justificar la actitud del Gobierno.

Tan absurdas eran aquellas mentiras, que hasta los nombres habían sido tergiversados, haciendo del padre Guido Rocca dos personas: una el padre Guido y otra el padre Rocca.

Después de esta entrevista, gozaron de mayor libertad, y aun tomaron en seguida posesión de la iglesia parroquial, que se hallaba en pésimas condiciones, completamente abandonada, por haber debido alejarse, desterrados, o salvándose con la fuga, los sacerdotes destinados a su servicio. Gran trabajo les costó asearla, hasta ponerla en condiciones, pero todo lo hicieron con gusto para poder celebrar la santa misa, distribuir la comunión y ejercer, en lo posible, el sagrado ministerio.

Ocuparon en esto unos días, mientras esperaban algún vaporcito caletero que bajase hacia el sud.

Se prepararon para la última etapa de su viaje, proveyéndose de ropa y calzado, pues todas sus prendas, después de tantas peripecias, estaban completamente destrozadas. Aquí pudo, finalmente, el clérigo Reyneri renovar sus zapatos, consumidos por las largas jornadas del bosque.

Estas compras agotaron sus recursos, viéndose en serios aprietos para costear el pasaje hasta Guayaquil.

Un buen comerciante, bajo su simple palabra, les hizo un empréstito, con el que pudieron obtener buenos pasajes.

Al ver el padre Calcagno la confianza de aquel hombre, le preguntó:

—¿Y se fía usted de nosotros con tanta facilidad?

El buen hombre, lo miró extrañado, y dijo:

—Si llegara a perderse la confianza en ustedes, diré que no hay justicia en la tierra, y que se ha marchado al cielo.

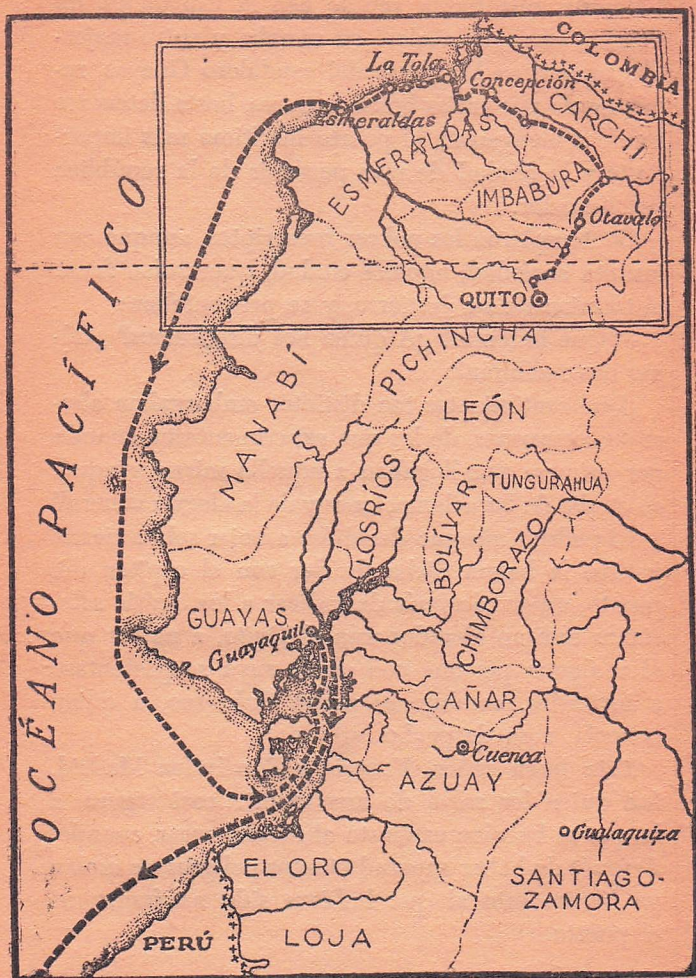
Entretanto, llegó un hermoso vaporcito, el *Quito*, que fondeó a una media hora de canoa de la ciudad, por hallarse ésta a la orilla del río y no tener puerto de mar.

La despedida de Esmeraldas fué sumamente afectuosa, acudiendo muchas personas a saludarlos.

Ya a bordo del *Quito*, con relativa libertad, pues los soldados y oficiales viajaban aún con ellos, dieron nuevamente gracias a Dios, que los había sacado ilesos de tantos y tan graves peligros.

HACIA LA LIBERTAD

Cinco días navegaron sin novedad los misioneros en el hermoso *Quito*. Finalmente, después de dejar a un lado la hermosa isla de Puná, en donde los indios dieron muerte, en 1541, entre horribles tormentos, al ilustre y benemérito fray Vicente



Itinerario de los desterrados desde Quito a Guayaquil.

Valverde, que había venido con la expedición de Pizarro, el vapor aceleró su marcha y entró majestuosamente en las aguas del caudaloso Guayas, remontando por varias horas su curso, hasta detenerse frente a Guayaquil, el puerto marítimo más importante y la ciudad de más porvenir de la república del Ecuador.

Contemplaron los pobres proscriptos, aunque con infinita ansiedad, aquella ciudad, que creían fuera el término de su destierro, y se preguntaban:

—¿Qué haremos? ¿A quién nos dirigiremos? ¿Cómo nos recibirán?

¡Qué sentimientos tan distintos embargaban ahora sus corazones, de los que experimentaron cuando por primera vez llegaban a aquella misma ciudad, en medio de las aclamaciones y de la alegría general!

El padre Calcagno decidióse a bajar solo a tierra, y tuvo la buena dicha de dar con el capitán del puerto, quien, después de indicar a los demás salesianos que no abandonaran el *Quito*, a no ser que él o alguna persona con orden suya se presentase a invitarlos, condujo al padre Calcagno, a quien conocía, a su despacho. *affaires*

Este buen señor, Francisco Fernández Madrid, fué quien los salvó de una muerte casi segura, a la que se habrían expuesto al desembarcar, cuando, después de haber superado tantos peligros, se creían ya libres: esto sí que hubiera sido naufragar en el puerto.

Mientras acompañaba al padre Calcagno, le entregó una discreta suma de dinero que los cooperadores de Quito le habían hecho llegar, para ponerla en poder de los desterrados. Se ofreció, igualmente, para entrevistar al general Alfaro, a la sazón en Guayaquil.

Dejó al padre Calcagno en su oficina, y fué a recibir órdenes del general Alfaro.

La tropa y los oficiales que habían acompañado a los misioneros durante el viaje, llegando a Guayaquil, habían cumplido su misión, y recibieron orden de bajar a tierra: así lo hicieron, después de despedirse de los misioneros, a quienes saludaron, no sin excusarse por el ingrato oficio que con ellos habían debido desempeñar.

Mientras esto sucedía, la espera se hacía larga para los que habían quedado a bordo.

Para comprender el peligro a que se exponían desembarcando, es preciso recordar que la persecución religiosa se había generalizado mucho en casi todas las provincias, ensañándose los periódicos en forma particular contra los Salesianos, a los que culpaban de haber favorecido y apoyado eficazmente la resistencia contra el general Alfaro en Cuenca. Por tanto, ellos eran, en el sentir del pueblo, los causantes de la última campaña, que a la verdad había sido reñida y había costado innumerables vidas.

Con estos antecedentes, no bien cundió por Gua-

yaquil la nueva de que habían llegado al puerto los salesianos prisioneros, se aglomeró en el muelle y a lo largo del malecón una gran multitud de pueblo, especialmente de soldados y excombatientes, en actitud amenazadora y hostil: se oían los más groseros insultos, acompañados de gestos y ademanes sedientos de venganza.

Los salesianos de a bordo, desconocedores de todas estas patrañas, nunca hubieran imaginado que aquella aglomeración de pueblo amotinado, que crecía por momentos, pudiera tener alguna relación con ellos. Pero lo que ellos ignoraban, bien lo sabía el señor Fernández Madrid, razón por la que tardaba y por la que les había intimado seriamente que no abandonasen el *Quito* si él o alguno de su confianza no venía a desembarcarlos en la falúa de la Capitanía.

Sea por mala inteligencia, o más probablemente por mala fe, es lo cierto que se acercó al vaporcito un joven muy bien puesto, en una hermosa lancha.

—Ustedes querrán bajar a tierra, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, pero esperamos la barca de un amigo.

—¿Y para qué esperar más? He aquí pronta mi barca. Sentiría ser desairado...

Los misioneros se vieron en un compromiso, y no conociendo todo el alcance de la orden del capitán, se decidieron a desembarcar. ¡No lo hubieran hecho! Cuando la ágil lancha se acercaba al muelle

y el populacho pudo distinguir en ella a los religiosos, se produjo un tumulto espantoso de gritos y amenazas.

—¡Mueran esos tigres!

—¡Abajo los frailes!

—¡Mueran los extranjeros que han hecho derramar la sangre de nuestros hermanos!

Generalizose luego el grito de “Al agua, échenlos al agua”, y una selva de brazos airados se levantaba, indicando con ademanes que volcaran la canoa. Si alguno de los remeros, en un momento de arrojo, hubiera volcado la barca, habría sido aplaudido frenéticamente y saludado como un héroe.

Los pobres misioneros no acababan de comprender cómo aquella furibunda tempestad de gritos y amenazas fuese dirigida contra ellos.

Fué un momento de terrible angustia y de inminente peligro, pues de haber desembarcado en aquellas condiciones, hubieran perecido, linchados por aquel pueblo en el paroxismo de su furor.

Pero la Providencia, que seguía velando solícita, en el momento de mayor peligro hizo llegar el remedio, para manifestar una vez más, que Ella y solamente Ella era quien salvaba a sus hijos, ya por tres veces expuestos a una muerte inevitable y horrenda: la travesía de la selva del Paylón, el embarco en La Tola, con destino a Esmeraldas, y el desembarco en Guayaquil. El remedio llegaba en la falúa del señor Fernández Madrid, quien,

viendo el peligro a que involuntariamente se habían expuesto sus protegidos, rodeó con su falúa, que era más veloz, la que conducía a los misioneros, para obligarla a aminorar la velocidad, y colocándose después a su lado, la acompañó hasta la orilla.

Protegidos así por la autoridad del capitán, pudieron desembarcar y dirigirse al despacho del mismo, donde los aguardaba el padre Calcagno, y donde se les unió también el cónsul de Italia en Guayaquil, señor Alfonso Roggero. Tanto éste como el capitán, vestían sus uniformes de gala.

El general Alfaro había dispuesto que se alojasen, en calidad de confinados, en el convento de los Padres Franciscanos.

Del despacho de la Capitanía se dirigieron, pues, siempre acompañados por el cónsul y el capitán del puerto, al convento de aquellos buenos religiosos. La autoridad de aquellos señores y sus brillantes uniformes, los protegieron durante este trayecto, que hicieron a pie. El padre Sacchetti, siempre alegre y jovial, al ver el respeto y admiración con que los miraban pasar los que momentos antes habían pedido su muerte, repetía la conocida estrofa, que dice:

*En todo pueblo
y en todo sitio,
todos se inclinan
ante un vestido.*

Fueron recibidos en el convento con un afecto y una bondad superiores a toda ponderación. No hubieran podido prodigarles los buenos franciscanos mayores atenciones, pues hasta en los más pequeños detalles pusieron extraordinario esmero, tratando de aliviar su cautiverio, compensando con su exquisita caridad las penurias sufridas en tan largo viaje. Fueron tan gratos aquellos días para nuestros desterrados, que a no ser por la ausencia del bullicio propio de los colegios salesianos, les hubiera parecido encontrarse en su propia casa.

El viaje que acababan de cumplir de Esmeraldas a Guayaquil, obedecía principalmente a la entrevista que el padre Calcagno había solicitado con el general Alfaro, por medio del gobernador de Esmeraldas.

Esa misma tarde, después de descansar un rato en el convento, se dirigió éste, acompañado por los padres Rocca y Sacchetti, a la residencia del general Alfaro. El señor Fernández y el cónsul de Italia, se ofrecieron nuevamente, gustosos, para acompañarlo.

Al llegar a la casa de gobierno y anunciar su presencia, no tardaron en ser recibidos.

Hicieron una reverencia al general, a quien acompañaba uno de sus ministros, el señor Lapierre, y después de los saludos protocolares, dijo el general:

—Señores, me harán un favor en manifestar con toda libertad el objeto de su visita.

El padre Calcagno, respetuosa pero enérgicamente, pidió entonces al general que le manifestase las causas de un destierro en medio de tantos horrores, demostrando luego la falta de buena fe y la falsedad de todo cuanto los diarios habían publicado a ese respecto.

Pero viendo que el general Alfaro no daba crédito a sus palabras, ya que insistía en las acusaciones de rebelión y actividades antigubernistas, respondió el padre Calcagno:

—Nuestros talleres, V. E. bien lo sabe, pertenecían al Gobierno, y si algo han hecho para el ejército por V. E. combatido, también lo han hecho para el que V. E. dirige, pero cumpliendo siempre órdenes del Gobierno, y no sirviendo nunca a determinado partido.

Y poniéndose luego de pie, continuó con vehemencia y noble dignidad:

—Juro, señor general, que yo y mis hermanos en religión somos inocentes de cuanto se nos acusa: nunca hemos conspirado ni hemos intervenido en política, porque, como sacerdotes y extranjeros, poco podía interesarnos la política de uno u otro partido. Nuestra política es la de nuestro santo fundador Don Bosco: hacer el bien a todos, a imitación de Nuestro Señor Jesucristo. Y esto lo sostengo con juramento ante Dios, el mismo que, un día quizá no muy lejano, juzgará en su divino tribunal, con fallo justo e inapelable, a V. E. y a nosotros.

Estas palabras, pronunciadas con noble ardor y convicción, fueron tan solemnes, que el general Alfaro quedó por un momento desconcertado, y buscando algunas frases para salir del paso, terminó haciendo único culpable de todo a su lugarteniente en Quito, el general Franco.

Se despidieron sin haber conseguido ventaja alguna, y convencidos una vez más de la solapada mala fe con que obraba el jefe de Gobierno, pues en ese mismo día el general Eloy Alfaro impartía órdenes al gobernador de la provincia del Chimbo-razo, a fin de que expulsara a los salesianos de Riobamba.

Por otra parte, es de advertir que las acusaciones sostenidas por el general Alfaro, podían, en última instancia, referirse a los salesianos de Cuenca, pero nunca a los de Quito.

En consecuencia, quedaban libres, pero debían abandonar la ciudad de Guayaquil, adonde habían llegado el 24 de septiembre, exactamente un mes después de su salida de Quito, y día en que se recuerda a Nuestra Señora de la Merced, inspiradora y Patrona de la Orden consagrada a la redención de los cautivos. Parece que esta buena Madre quiso también dar libertad a sus hijos en este día, después de haber probado su fe y confianza con tan terribles sufrimientos.

Ya no les quedaba sino esperar el primer vapor que zarpara para el Perú, y éste se presentó el 28

de septiembre, día en que abandonaron el Ecuador.

El padre Santinelli no se embarcó con los demás, sino que, por orden del padre Calcagno, permaneció en Guayaquil, a fin de encaminar al Perú a los salesianos desterrados de las demás casas, que irían llegando a esta ciudad.

El P. Santinelli pasó serios peligros en esos días.

La llegada de los misioneros había excitado sobremanera a la población; los periódicos atizaban el fuego, culpando a los religiosos de los grandes males que en aquellos días sufrió la pobre ciudad de Guayaquil; entre otros, un pavoroso incendio, que consumió más de la mitad de la ciudad, elevando al cielo llamas enormes, que parecían no querer dejar nada en pie. Siendo la mayor parte de las construcciones de madera, el fuego, favorecido por el viento, se propagaba con extraordinaria rapidez.

Como en los tiempos de Nerón, se quiso culpar a los religiosos de aquel atentado, por lo que la permanencia del padre Santinelli y otros salesianos en Guayaquil fué muy azarosa.

POST NUBILA PHOEBUS

Entretanto, los desterrados que se habían visto obligados a abandonar aquella tierra tan querida, y a la que consideraran hasta entonces su segunda

patria, dirigidos siempre por el padre Calcagno, llegaron felizmente al Perú, desembarcando en el puerto del Callao, el día 4 de octubre, en que se recordaba ese año la festividad de la Santísima Virgen del Rosario. (1)

El director de la casa de Lima, padre Antonio Riccardi, que desde varios días estaba despachando telegramas para dar con el paradero de sus hermanos, cuando tuvo noticia de su llegada, pensó hacerles un recibimiento que compensase en parte las infinitas penurias de su largo destierro.

¡Con qué gozo pudieron ver y abrazar a sus hermanos, que los esperaban con los brazos abiertos, brindándoles todo el cariño de sus corazones!

Mientras se dirigían al colegio, viéronse aclamados y vivados con indescriptible júbilo, oyéndose de continuo gritos como éstos: “¡Vivan los misioneros!” “¡Vivan los mártires!” La ciudad entera participó en aquel triunfo de los humildes Hijos de Don Bosco. La entrada en el colegio fué una apotheosis: la banda, los niños, los hermanos, el hermoso cuadro de Don Bosco, que presidía el acto de recepción: aquello era una gloria, una verdadera resurrección, después de tanto padecer. Todo les parecía extraordinario: las mesas alegremente tendidas con blancos manteles, después de haber pa-

(1) En aquel tiempo, la festividad de la Virgen del Rosario se celebraba el primer domingo de octubre.

sado días y días royendo míseros mendrugos; la hermosura de la iglesia, y, sobre todo, el afecto de los hermanos, que venían a sustituir la odiosa compañía de los groseros soldados, sus guardianes durante un mes.

El director de la casa de Lima pensó de inmediato enviar un telegrama a los Superiores de Turín, que desde el 24 de agosto, día del destierro, no habían tenido noticias de los salesianos de Quito.

—Si le parece bien, —dijo el padre Calcagno,— lo enviaremos nosotros mismos.

—Es justo, es lo mejor, —respondió el padre Riccardi.

Acto seguido, se despachó el siguiente telegrama:

“Misioneros del Ecuador, llegaron todos salvos”.

El buen padre Riccardi parecía revivir al abrazar a sus hermanos, después de haberlos esperado tanto tiempo, con el temor de recibir dolorosas noticias de ellos.

Siguiendo a los héroes de nuestro relato, fueron llegando al Perú los demás salesianos, novicios y aspirantes desterrados, hasta reunirse allí unos treinta.

Dios nuestro Señor, que dispone de todas las cosas y acontecimientos para su mayor gloria, se valió de esta persecución para aumentar el número de los salesianos en el Perú, donde con nuevos bríos comenzaron a trabajar, completando el personal de

las casas ya existentes y consiguiendo abrir otras nuevas.

No olvidaron nuestros misioneros el voto hecho cuando las olas del mar amenazaban sus vidas, de levantar en la tierra hospitalaria que los recibiera un hermoso santuario a María Auxiliadora.

Este se alzó majestuoso, como testimonio perenne de gratitud, en la ciudad de Arequipa.

Detrás del altar mayor, una placa de mármol, con los nombres de los agraciados, recuerda perennemente la portentosa protección de la Santísima Virgen.

INDICE

<i>Introducción</i>	3
Primeros salesianos	9
La revolución de 1895	14
Prisioneros	21
Camino del destierro	27
En el Noviciado	30
Primeros episodios del destierro	35
En Otavalo	41
¡A la izquierda!	52
Llegada a Salinas	56
Notas y noticias	58
En Guajara	64
¡Desdichado país!	67
El ingeniero Flemming	70
Lita	74
Fecundidad y grandeza	80
En el corazón de la selva	85
Noches de la selva	93
Ultima jornada en la selva	99
El zapato de la Providencia	106
En las canoas	108
Los arcanos del corazón	111
A merced de las olas	115
Perfidia y nobleza	123
Mar y selva	126
Esmeraldas	131
Hacia la libertad	138
Post nubila Phoebus	148

*Este libro se terminó de imprimir el 17 de junio de 1947,
en las Escuelas Gráficas del Colegio Pío IX, Buenos Aires.*

